

FEDERICO MARE

UN OFICIAL ARGENTINO EN LA GUERRA DE SECESIÓN LAS CARTAS DE EDELMIRO MAYER AL *HARPER'S WEEKLY* ¿ABOLICIONISMO U OPORTUNISMO?

Se presenta, en los Estados Unidos, al gobierno de Lincoln. Organiza allá un regimiento de libertos, de «pardos y morenos», y participa en la campaña nordista. Por entonces era ministro argentino en Washington [...] Sarmiento, quien transmitió informes sobre la heroica conducta de Mayer en los combates de Norte contra Sur. En el ejército federal se le llamaba “el Cow-Boy argentino”, y se admiraba su gran destreza de jinete. En cierta batalla, en que mueren sucesivamente dos abanderados, Mayer recoge la insignia desde su caballo, la enarbola y cae herido de gravedad. Participa entre los federales al mando de Grant, contra los confederados que capitaneaban Johnson y Beauregard. [...] Al finalizar la guerra, desfilaron por las calles de Washington los ejércitos victoriosos del Potomac y de Tennessee; entre ellos, el regimiento de negros, con Mayer a la cabeza.

Alfonso Reyes¹

En las izquierdas, con orgullo justificado, solemos asociar el *internacionalismo* a nuestra tradición socialista, al marxismo y al anarquismo. Pero olvidamos que el liberalismo, nuestro histórico rival, supo también traducir –sobre todo en su etapa inicial más «heroica», cuando la burguesía todavía era revolucionaria o revoltosa– su utopía universalista y su *ethos* cosmopolita en exilios lejanos de lucha solidaria y confraternal: emigraciones ultramarinas, peripecias intercontinentales de pluma o espada, diásporas de camaradería militante e intervenciones políticas y militares en los países anfitriones (complots, revoluciones, guerras civiles, etc.). Así como hubo trotamundos socialistas –un León Trotski, un Enrico Malatesta, una Louise Michel, un Víctor Serge, un Mijaíl Borodin, una Emma Goldman, un Che Guevara–, hubo asimismo trotamundos liberales: el marqués de La Fayette, Casimiro Pulaski, Thomas Paine, Francisco de Miranda, Simón Bolívar, José de San Martín, Thomas Cochrane, Giuseppe Rondizzoni, Louis-Michel Aury, Francisco Javier Mina, Lord Byron, Francesco Anzani, Lajos Kossuth, Domingo Faustino Sarmiento, Carl Schurz, Francisco Bilbao, José Martí, Adam Jerzy Czartoryski... Tampoco para ellos el destierro significó un *impasse* en su activismo. Eran fervientes patriotas, sí. Pero no mezquinamente patrioterros.

¹ Norte y Sur, 1944. Cita extraída de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, t. IX, México, FCE, 1996, pp. 102-103.

Sería una arbitrariedad, un anacronismo, reducir la actuación político-militar de personajes tan errabundos como Garibaldi a sus patrias de origen, a estados nacionales que ellos nunca consideraron universos cerrados y absolutos, comunidades esencializadas, ídolos contrapuestos a los ideales ilustrados –necesariamente ecuménicos– de libertad, igualdad y fraternidad. Tanto más cuanto que tales estados nacionales ni siquiera existían aún, o recién empezaban a formarse. Nobleza obliga, no deberíamos olvidar el internacionalismo de aquella burguesía liberal dieciochesca y decimonónica que aún era capaz de pergeñar y protagonizar revoluciones, cuando las circunstancias históricas objetivas todavía no la habían vuelto una cancerbera del orden, celosamente preocupada por la conservación del *status quo*.

El presente ensayo versa sobre uno de aquellos quijotes vagamundos, caballeros andantes al servicio de lo que un historiador denominó, figuradamente, «Internacional liberal»². Hablaremos de un hombre de armas –e ideas– con esa *pasión militante* sin fronteras que otro historiador llamó, también metafóricamente, «síndrome de Garibaldi»³.

Edelmiro Mayer y sus cartas al *Harper's Weekly*

Estados Unidos, albos del verano de 1863. El país se hallaba en medio del gran drama histórico de la guerra de Secesión (1861-65), la cruenta guerra civil entre el Norte abolicionista, leal al presidente Lincoln, y el Sur esclavista rebelde, separado de la Unión bajo el nombre de Estados Confederados de América.⁴ Aún no se había librado la decisiva batalla de Gettysburg. Aún era incierto, por consiguiente, el desenlace de la contienda fratricida.

Un popular semanario de tendencia nordista y republicana publicó dos cartas muy llamativas de un ignoto militar de Sudamérica, argentino, recientemente incorporado al Union Army como oficial de infantería: Edelmiro Mayer, un joven unitario porteño con ideas liberales y antecedentes de periodista, veterano de las guerras civiles rioplatenses, quien había combatido con distinción en Cepeda y Pavón, y también intervenido en la campaña mitrista al Interior contra las montoneras federales, durante 1861-62. Frustrado por la poca heroicidad de esta «guerra de policía» –como la llamó facciosamente Sarmiento–, y disgustado con Mitre porque le había denegado su ascenso a teniente coronel, Mayer había resuelto, por esas y otras razones más íntimas (un amor imposible, la muerte violenta del hermano menor), abandonar la Argentina y emigrar a Nueva York, donde tenía un pariente y esperaba poder proseguir su carrera marcial, poniendo en valor su talento y formación, su mediana veteranía, ciertos contactos influyentes y su excelente conocimiento del idioma inglés (era hijo de un marino británico).⁵

² Maurizio Isabella, *Risorgimento in Exile: Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford University Press, 2009. Véase también Mario I. Etchechury Barrera, “Aventureros, emigrados y cosmopolitas: hacia una historia global de las guerras en el Río de la Plata (1836-1852)” en *PolHis*, año X, n° 20, jul.-dic. 2017, pp. 20-52.

Existe hoy una Internacional Liberal, con sede en Londres. Pero su creación fue muy tardía: data de la segunda posguerra (1947). En el siglo XIX no había, formalmente, ninguna organización equivalente a la Internacional Socialista, aunque la masonería muchas veces fungió, de hecho, como una suerte de «Internacional Liberal».

³ Evan Christopher Rothera, *Civil Wars and Reconstructions in America: the United States, Mexico, and Argentina, 1860-1880*. Disertación dada en la Universidad del Estado de Pensilvania, en agosto de 2017. Disponible en <https://etda.libraries.psu.edu>.

⁴ Por su vastedad, la bibliografía sobre la historia de la guerra de Secesión es todo un universo en sí mismo. Para una buena y actualizada síntesis divulgativa, véase Cole C. Kingseed, *The American Civil War*, Westport (CT), Greenwood Press, 2004. En castellano, lo mejor de lo más reciente es Jesús Hernández, *Norte contra Sur. Historia de la guerra de Secesión (1861-1865)*, Barcelona, Inédita, 2008.

⁵ No hay mucho escrito sobre Mayer, fuera de unas cuantas semblanzas en medios periodísticos que repiten la misma información sumaria (no siempre exacta ni fidedigna, por otra parte). La biografía más completa sigue siendo Juan Lenci, *Vocación y destino. Vida y hazañas de Edelmiro Mayer, soldado de Mitre, Lincoln y Juárez*, Bs. As., Peuser, 1961. Existe otra más reciente, pero inédita: Horacio Lafuente, *Quijote sin escudero. La vida de Edelmiro Mayer*, disponible en <https://hlafuente.wordpress.com>. En inglés, vale la pena leer Rothera, *op. cit.*, la cual incluye bastantes datos y observaciones sobre Mayer. El escritor mexicano Alfonso Reyes reseñó su vida en “Americanería andante”, dentro de su libro *Norte y Sur*, ob. cit., nota 1. En cuanto a fuentes primarias, pocas relevadas por

Las cartas vieron la luz el sábado 27 de junio en el periódico neoyorquino *The Harper's Weekly*,⁶ dentro de una sección llamada “The Lounger”, a cargo del periodista y escritor George William Curtis (1824-1892). Curtis era un republicano del ala radical, oriundo de Rhode Island, Nueva Inglaterra. Ardiente partidario de Lincoln, militaba en el movimiento abolicionista y defendía la causa unionista sin medias tintas. No solo eso: bregaba también por los derechos civiles y políticos de la comunidad afroamericana, igual que por la emancipación de las mujeres y la igualdad de género.⁷

Las misivas de Mayer aparecen juntas en el periódico, una debajo de la otra. Cada epístola incluye una breve presentación de Curtis, que permite ponerlas en contexto. La primera se titula “Colored Troops”; la segunda, “Barcala”. En ellas, Mayer defiende la política de Lincoln de enrolar a libertos negros y mulatos en el Ejército de la Unión para combatir a los confederados en la guerra de Secesión; política que algunos sectores nordistas –incluso abolicionistas– cuestionaban y repudiaban con vehemencia, por considerarla una caja de Pandora que podía destruir el *status quo* de la sociedad estadounidense.

La estrategia retórica de Mayer ante el público lector *yankee* fue ingeniosa: rescatar los precedentes históricos sudamericanos de la guerra de Independencia, las guerras civiles rioplatenses y la guerra contra el Imperio del Brasil, donde los afroargentinos habían tenido una participación masiva y decisiva, en especial, el mulato cuyano Lorenzo Barcala⁸. Si allá, en las latitudes más australes del continente, la leva de *pardos* y *morenos* había resultado tan beneficiosa, ¿por qué aquí no también? Tal era, en pocas y simples palabras, el planteo de Mayer.

No hay razones para dudar de las convicciones progresistas, democráticas y antiesclavistas de Mayer, al menos si se sitúa al personaje en el contexto de su época, sin caer en anacronismos o simplificaciones retrospectivas. Mayer no solo habría de combatir en la guerra de Secesión por la causa abolicionista de Lincoln, contra los confederados, liderando tropas afroamericanas, sino también, luego, en México, por la causa republicana e independentista de Juárez, contra el imperialismo francés, su monarca marioneta europeo, sus mercenarios extranjeros y los conservadores mexicanos. Él mismo diría en sus memorias:

Muchas veces le he hablado [se refiere a su esposa] de la colosal lucha y sangrienta guerra de los Estados Unidos, en la que tomé parte por el Norte contra la esclavitud; de la gloriosa y heroica contienda de México contra los ejércitos de Napoleón III, Maximiliano, sus austríacos y belgas, y sus auxiliares mexicanos, el clero y los conservadores, y en la que también tuve mi participación activa a favor de la república y la democracia. Asimismo, le he hablado con especial cariño y satisfacción del ejército de mi patria, en activas filas me formé como militar; de sus luchas legendarias por la libertad e instituciones democráticas. [...]

Allá por el año 1865 se hacía la guerra al invasor francés en México [...]. Se operaba con dificultad en las sorpresas que se intentaban contra el enemigo, pues el invasor contaba con el importante auxilio que lo facilitaba el clero y los *mochos*, como se llamaba a los conservadores antes que entregasen a Napoleón III la autonomía de la patria, movidos por el despecho producido por la pérdida en la guerra de la Reforma de los fueros eclesiásticos y militares por los que tan tenazmente habían combatido. Durante la guerra nacional sólo se les daba el título que en opinión de los patriotas les correspondía legítimamente: el de traidores.⁹

ahora, la más importante son las memorias del propio Mayer: *Campaña y guarnición*, Bs. As., s/e, 1892. Hay una reedición relativamente «reciente» de esta obra, al cuidado de Rosendo Fraga y la Embajada de México: Bs. As., Editorial Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, 1998. No está de más mencionar que Sarmiento le dedicó algunas líneas significativas –que citaremos oportunamente– de su *Vida de Abraham Lincoln*, Nueva York, D. Appleton y Cía., 1873 (2ª ed.), disponible en Google Libros.

⁶ N° 339, vol. VII, pp. 402-403, disponible en <http://www.sonofthesouth.net/leefoundation/civil-war-1863.htm>.

⁷ Vid. <https://15thamendment.harperweek.com/HubPages/CommentaryPage.asp?Commentary=06Bios05>.

⁸ La única biografía sobre Barcala es José Canale, *El coronel Don Lorenzo Barcala*. Bs. As., El Inca, 1927. En este último tiempo, los investigadores Orlando Gabriel Morales –historiador del CONICET– y Luis César Caballero –genealogista independiente– han publicado un par de artículos sobre dicho personaje histórico, con datos y enfoques novedosos que vale la pena conocer, por ej., “Movilidad social de afroestizos movilizados por la independencia y las guerras civiles en el Río de la Plata. Lorenzo Barcala (1795-1835)”. *Historia y Memoria*, n° 16, enero-junio de 2018. Disponible en <http://dx.doi.org/10.19053/20275137.n16.2018.6123>.

⁹ Mayer, *op. cit.*, pp. 31 y 35.

Así y todo, parece claro que su postura no dejaba de tener un componente de interés personal: deseaba intervenir en la guerra de Secesión. Anhelaba poder comandar tropas y probar su valía en la que era la mayor conflagración de ese momento en el mundo, y los regimientos afroamericanos que se estaban creando contra reloj en el Union Army (el verano del 63 era una coyuntura adversa para el Norte) representaban una excelente oportunidad, al menos para un oficial extranjero –y tan joven– recién llegado al país. Lo cierto es que Mayer tenía algo pertinente y oportuno para contar sobre la experiencia histórico-militar de su patria, y sobre la valía de los afrodescendientes como soldados; y Curtis, evidentemente, vio con muy buenos ojos sus aportes, tan en sintonía con la línea editorial del *Harper's Weekly* (aboliciónismo e igualdad racial).

Es muy difícil calibrar cuánta eficacia o impacto tuvieron las cartas de Mayer. Cuando salieron publicadas, la política de crear regimientos afroamericanos ya estaba en marcha desde hacía meses, aunque todavía era incipiente, tímida. Es un hecho que, más o menos desde entonces, las *colored troops* no cesaron de multiplicarse y ganar protagonismo en los campos de batalla. Pero sería temerario, sin embargo, dar por hecho que esta coincidencia obedeció directa o mayormente al éxito discursivo de Mayer, y no a las propias necesidades y urgencias de la guerra civil. Guerra civil que estaba complicada para el Norte, y a la cual Lincoln le había dado ya (antes incluso que Mayer pisara suelo estadounidense) un giro revolucionario con su *Emancipation Proclamation*. Además, debe recordarse que el prominente intelectual negro abolicionista Frederick Douglass –escritor, periodista, orador– venía insistiendo en la necesidad de habilitar el reclutamiento de soldados afrodescendientes desde el inicio mismo de la conflagración, comentando irónicamente que hasta los ejércitos confederados estaban haciendo eso (en realidad, un falso rumor). No obstante, es posible que las misivas del oficial argentino hayan tenido alguna incidencia en las autoridades civiles y castrenses de la Unión, puesto que el *Harper's Weekly* era el periódico más leído en Norteamérica por aquel entonces, gracias a su detallada cobertura del conflicto semana a semana y –no menos importante– sus magníficas y profusas ilustraciones, todo un hito en la historia del periodismo gráfico.

¿De qué modo Douglass había abonado el terreno en el que Mayer dio a conocer sus cartas? En mayo de 1861, al mes siguiente de que estallara la guerra civil, el periodista y escritor negro había publicado un artículo titulado “How to End the War”, “Cómo terminar la guerra”, que decía así:

En nuestra opinión, sólo hay una manera fácil, corta y eficaz de suprimir y poner fin a la guerra desoladora que los esclavistas y sus secuaces rebeldes están librando ahora contra el gobierno estadounidense y sus ciudadanos leales. El fuego debe ser combatido con agua, la oscuridad con luz, y la guerra por la destrucción de la libertad debe ser combatida con la guerra por la destrucción de la esclavitud. La manera sencilla, entonces, de poner fin a la guerra salvaje y desoladora que ahora libran los esclavistas, es acabar con la esclavitud misma, la causa primordial de esa guerra.

La libertad del esclavo debería proclamarse ahora desde el Capitolio, y debería verse sobre el humo y el fuego de cada campo de batalla, ondeando en cada bandera leal. El tiempo de las medidas suaves ha pasado. [...] Cualquier guerra es una calamidad; pero una paz que sólo puede engendrar guerra es una calamidad mucho mayor. Una guerra larga y mansa, librada sin objetivo ni espíritu, paraliza los negocios, detiene los engranajes de la civilización, entorpece el sentimiento nacional, corroe el corazón nacional y difunde su nefasta influencia universalmente. [...] Cuanto antes se ponga fin a esta rebelión, mejor para todos. Una guerra indulgente es una guerra prolongada, y por lo tanto la peor clase de guerra. Detengámosla, y detengámosla eficazmente, detengámosla antes de que sus males se difundan por todos los Estados del Norte, detengámosla en el suelo en el que se originó, y entre los traidores y rebeldes que originaron la guerra. Esto puede hacerse de inmediato, «llevando la guerra a África». Que los esclavos y la gente de color libre sean llamados al servicio, y formen un ejército liberador, para marchar al Sur y levantar la bandera de la Emancipación entre los esclavos. Habiendo traído el Sur la revolución y la guerra al país, y habiendo elegido y consentido jugar a ese temible juego, no tiene derecho a quejarse si de sus propios actos y acciones resultan tanto bienes como calamidades.

Los esclavistas no han dudado en emplear los brazos de sable de los negros en el Sur para erigir las fortificaciones que silenciaron los cañones de Fort Sumter [...] No tienen escrúpulos en emplear a los negros para exterminar la libertad y derrocar al gobierno. [...] No dudamos en afirmar que diez mil soldados negros podrían ser reclutados en los próximos treinta días para marchar sobre el Sur. Un solo regimiento negro sería, en tal guerra, igual a dos blancos. [...] Todas las consideraciones de justicia, humanidad y política sensata confirman la sabiduría de llamar a los hombres negros a tomar las armas en nombre de su país.

A menudo nos preguntan, tanto por carta como por la calle, qué hará nuestro pueblo en la severa crisis actual de los asuntos del país. Nuestra respuesta es: ¡ojalá nos dejarais hacer algo! Sólo nos falta vuestro consentimiento. Estamos listos e iríamos, considerándonos felices de que se nos permita servir y sufrir por la causa de la libertad y las instituciones libres. Pero no nos dejáis ir. [...] Hasta que la nación se arrepienta de esta debilidad e insensatez, hasta que haga de la causa de su país la causa de la libertad, hasta que derribe la esclavitud, fuente y centro de esta gigantesca rebelión, no merecerá el apoyo de un solo brazo de marta, ni logrará aplastar la causa de nuestros problemas actuales.¹⁰

Habiendo leído estas elocuentes y lúcidas palabras de Frederick Douglas, queda claro que las cartas de Mayer al *Harper's Weekly* lejos estuvieron de ser lo primero que se redactó o dijo en el Norte estadounidense a favor de la abolición general de la esclavitud y el enrolamiento de libertos negros y mulatos. Pero no hay que bajarle tanto el precio a los escritos del joven oficial argentino. Su aporte al debate público yanqui del momento fue habersele ocurrido, y haber sabido, transmitir la experiencia práctica sudamericana (la rioplatense sobre todo) de los regimientos de *pardos* y *morenos* en las guerras de independencia contra España, en la contienda contra el Brasil y en las guerras civiles de unitarios contra federales.

Antecedentes biográficos

Pero, ¿quién era Edelmiro Mayer? ¿Qué había hecho este joven militar argentino antes de emigrar a Estados Unidos, escribir las cartas al *Harper's Weekly* y combatir en la guerra de Secesión comandando tropas nordistas de afroamericanos libertos?

Una década antes de arribar al puerto de Nueva York, allá por 1853, después de la batalla de Caseros (derrota que había arrebatado al dictador Rosas su poder y precipitado su destierro en Inglaterra), el adolescente porteño Edelmiro Mayer arribó a la ciudad de Mendoza. Venía en cumplimiento de una misión familiar que lo marcaría para siempre, algo así como un desafío y rito de pasaje que la vida le ponía por delante para apurar, completar y explicitar su tránsito a la adultez. Tránsito que había comenzado un año antes con la muerte de su progenitor, y con su bautismo de fuego como soldado de artillería al servicio de la separatista Buenos Aires en guerra contra Urquiza, líder supremo del partido federal y director de la Confederación Argentina.

¿La misión cuyana de Edelmiro? Repatriar los restos de su hermano mayor Federico, un joven médico de filiación masónica e ideas liberales cuya militancia unitaria lo había obligado a emigrar de la urbe porteña cuando todavía gobernaba Rosas. Camino a Chile, en Mendoza, había conocido a Aurelia Godoy Cruz, hija del exgobernador Tomás Godoy Cruz, de quien se enamoró y con quien se casó. La suegra, disgustada con su yerno porque a su criterio no poseía suficiente alcurnia, o por despecho, si fuera cierto que lo amaba (hay distintas versiones sobre lo ocurrido), había contratado a unos sicarios para que lo asesinaran.

La Mendoza a la que llegó Edelmiro era la ciudad donde 18 años atrás (1835) el caudillo federal José Félix Aldao había ordenado el fusilamiento de Lorenzo Barcala, un coronel mulato con pasado unitario que había

¹⁰ Frederick Douglas, "How to End the War", en *Douglass' Monthly*, mayo de 1861, disponible en <https://rbscp.lib.rochester.edu/2494>. La traducción es mía.

descollado en la guerra contra el Imperio del Brasil y las guerras civiles. Barcala se cuenta entre los pocos militares afroargentinos (otros fueron Domingo Sosa y José María Morales), que alcanzaron el rango de coronel en toda la historia de nuestro país. Será el gran protagonista de las cartas que Mayer escribirá algún día en Norteamérica, para el *Harper's Weekly* de Nueva York, en medio del fragor de la guerra de Secesión.

Edelmiro había nacido en Buenos Aires 16 años atrás, el 27 de mayo de 1837, aquel año crucial en que Echevarría, Alberdi y otros jóvenes intelectuales críticos del rosismo fundaron la Asociación de Mayo, germen de la llamada *Generación del 37*. El padre de Edelmiro, John Andrew Mayer, era un marino inglés de ascendencia germana que había combatido para la Royal Navy en las guerras napoleónicas, y que se había radicado en Buenos Aires a comienzos del decenio de 1820 por invitación de Rivadavia, amasando cierta fortuna como comerciante. Esa fortuna le permitió casarse con la patricia porteña Dolores Posadas, hija de Gervasio Posadas (el que fuera director supremo de las Provincias Unidas en 1814-15). Mr. Mayer era liberal y masón, y abrazó con entusiasmo la causa unitaria, igual que haría luego su primogénito Federico.

Edelmiro se crió, pues, en un hogar acomodado e ilustrado de la élite porteña, fervientemente opositor a Rosas. Recibió una esmerada instrucción: ciencias, literatura, música, inglés y otras lenguas extranjeras... Pero hacia 1851, en el tránsito de los 14 a 15 años, Edelmiro tuvo que crecer de golpe: su hermano mayor debió exiliarse, y muy poco después falleció su padre. Él y su mamá debieron hacerse cargo de la familia, en medio de grandes dificultades económicas: ingresos mermados, deudas crecientes...

Cuando en septiembre de 1852, luego de Caseros, Buenos Aires se rebeló contra Urquiza escindiéndose de la Confederación Argentina, Edelmiro se enroló como voluntario en la milicia porteña, comandada por el Gral. Pirán. Tenía, a la sazón, apenas 15 años. Fue destinado a la guarnición de artillería de la isla Martín García. Sus meritorias actuaciones le permitieron ascender con celeridad, alcanzando el rango de teniente primero en cuestión de meses. Hacia 1853, sitiada Buenos Aires por las tropas confederadas del Gral. Lagos, Edelmiro participó de la defensa, destacándose por su valentía.

Concluido el asedio y asegurada la independencia porteña, el joven Mayer retomó sus estudios, aunque primero tuvo que repatriar –como ya hemos narrado– los restos de su hermano mayor asesinado en Cuyo, y traer desde allí a su cuñada viuda. Comenzó a desempeñarse como redactor de varios periódicos liberales, al tiempo que se iniciaba en la masonería e incursionaba en la militancia política, primero en las filas del alsinismo y luego del mitrismo.

Cuando en 1859 recrudece el conflicto entre la Confederación y Buenos Aires, Mayer se reincorpora al ejército porteño, esta vez bajo el mando de Mitre. Combate en Cepeda como oficial de artillería. El resultado adverso de esta batalla no le impide destacarse y ganarse un nuevo ascenso: ayudante mayor. Apremiado por la situación material de su familia, aunque contrariando la opinión de su madre, que temía por su vida, Mayer decide entonces abandonar el periodismo y dedicarse de lleno a la carrera militar, mejor remunerada.

A mediados de 1860, Mayer fue apostado en la frontera austral del Estado de Buenos Aires, en la pampa profunda, donde se habían intensificado los malones de ranqueles y otros pueblos indígenas. Habría de desempeñarse como oficial de caballería en varios fortines: Bragado, Rojas, San Nicolás... Fue ascendido a capitán. La experiencia fortinera le permitió desarrollar sus habilidades ecuestres y marciales.

En septiembre de 1861, Edelmiro combate para el bando porteño en Pavón, batalla decisiva de la historia argentina que sella definitivamente la reunificación de nuestro país bajo el liderazgo centralista de Buenos Aires y Mitre. Mayer capitanea un regimiento de caballería, el cual logra resistir con disciplina y firmeza las furibundas cargas de los lanceros entrerrianos de Urquiza. Es una actuación eficiente, descollante, que su jefe Wenceslao Paunero sabrá apreciar y recompensar, pues la mayoría de los regimientos de caballería bonaerenses –en contraste con los de infantería– se desbandaron con las embestidas enemigas.

Luego de Pavón, los ejércitos de Mitre se emplean a fondo en la «pacificación» del Interior. La violencia de los invasores porteños es brutal, sangrienta, como si la Argentina profunda fuese un enemigo extranjero. Las milicias provinciales son aniquiladas. Los gobernadores de lealtad federal van cayendo uno a uno, *manu militari*. Hay fusilamientos en masa y masacres a degüello de prisioneros, como en Cañada de Gómez, provincia de Santa Fe. Las montoneras federales del Chacho Peñaloza son combatidas, perseguidas y diezmadas con ferocidad.

Mayer participa de estas campañas en el Interior. Sigue los pasos de Paunero, su jefe, por Córdoba y las provincias del Norte. No es una guerra convencional, épica. Es una carnicería represiva (Sarmiento la llama cínicamente «guerra de policía», como ya señalamos). Luchar contra gauchos montoneros mal armados que gozaban de amplio apoyo popular local, guerrilleros rurales huidizos que evitaban toda batalla decisiva y apostaban por el desgaste de las emboscadas, era algo que no podía agradar a Edelmiro, un oficial joven sediento de gloria que soñaba con dirigir heroicas cargas de caballería como las de las guerras napoleónicas de la vieja Europa, la gesta sudamericana sanmartiniana-bolivariana y la guerra contra el Imperio del Brasil.

Un poco por esta decepción, y otro poco por una acumulación de infortunios personales, Edelmiro decidió darse de baja en el Ejército de Buenos Aires y marcharse a los Estados Unidos en 1863, donde tenía un familiar viviendo en Nueva York que le prometía techo y trabajo, y donde esperaba poder continuar con éxito su carrera militar combatiendo para la Unión –el bando nordista– en la guerra de Secesión, la mayor conflagración del mundo en aquella época. Los infortunios personales que lo llevaron a emigrar hacia Norteamérica fueron varios. En primer lugar, una frustración amorosa: el padre de la joven porteña que tanto amaba y que correspondía su amor, un acaudalado estanciero rosista, se oponía cerrilmente a que su hija se casara con un soldado errante sin riqueza, pendenciero y duelista, guitarrero y juerguista, de familia unitaria y, para colmo, entreverado en la política. En segundo lugar, el dolor y la culpa por la pérdida de Carlos, su hermano menor, quien se había enrolado en el ejército porteño a instancias suyas, y que había caído en Córdoba combatiendo a la montonera de Chumbita.

Pero hubo otra razón más detrás del éxodo de Mayer a los Estados Unidos de Lincoln. Un infortunio de índole profesional, que resultó decisivo. Paunero había ascendido a Mayer al rango de teniente coronel, pero Mitre desconoció esta promoción. Mayer, desairado, decidió abandonar el Ejército y emigrar a Norteamérica.

Más precisiones biográficas, más coordenadas históricas

Edelmiro Mayer llegó en barco a Nueva York con 25 años de edad, a principios de 1863, cuando promediaba la guerra de Secesión. Consiguio empleo en la tienda de su tío, pero al poco tiempo ingresó al Ejército de la Unión con el rango de mayor, y comenzó a trabajar como instructor –acaso favorecido por su membresía masónica y la recomendación de Sarmiento– en la academia militar de West Point, no lejos de la *Gran Manzana*, donde se graduaban –igual que hoy– los mejores oficiales de Estados Unidos. En esta institución conoció a Robert Todd Lincoln, el hijo del presidente Abraham Lincoln, y trabó amistad con él.

La guerra civil entre el Norte y el Sur se había vuelto demasiado larga, costosa y destructiva, y singularmente cruenta (los muertos, heridos y lisiados se contaban de a centenares de miles). Los estados de la Unión, mayormente abolicionistas y leales al gobierno republicano de Lincoln, no conseguían quebrar la resistencia armada de los rebeldes separatistas sureños, que se habían aglutinado en los Estados Confederados de América para salvaguardar la esclavitud.

El 1° de enero, Lincoln había hecho una jugada arriesgada, que generó muchas críticas y oposiciones, incluso en el Norte: decretar la manumisión de la población negra del Sur, salvo en los estados fronterizos que

habían permanecido fieles a la Unión (como Kentucky y Maryland), y en las zonas ocupadas por las fuerzas nordistas durante el transcurso de la guerra (como la Baja Luisiana y Virginia Occidental). Tres millones y medio de personas afrodescendientes –más del 80% de la esclavatura del Sur Profundo– fueron declaradas en libertad, en lo que se conoce como *Emancipation Proclamation* o «Proclama de Emancipación». La medida desató una ola de desacatos, revueltas y fugas en masa, dañando severamente el régimen esclavista de plantación, columna vertebral de la economía y sociedad confederadas. La apuesta de Lincoln por la guerra revolucionaria estaba dando sus frutos.¹¹

Pero la contienda no estaba ganada, y la Unión necesitaba más soldados. Los sectores abolicionistas propusieron crear regimientos de infantería con los afroamericanos libertos del Norte, o aquellos que migraban del Sur al Norte huyendo de las plantaciones. Pero los sectores más conservadores, movilizadas por sus prejuicios racistas, se oponían. La perspectiva de multitudes armadas de *freedmen* (ex esclavos negros) mayormente desarraigados y sin empleo, acuartelados o marchando por campos y ciudades, les asustaba. Temían que eso socavara el orden social y provocara excesos de violencia revanchista contra la población blanca nortea. A Lincoln no le tembló el pulso y autorizó la formación de las USCT.¹² Pero la polémica no cesó, demorando los avances de esta política inclusiva.

El debate en cuestión interesó sobremanera al mayor Mayer, quien, en tributo a sus convicciones liberales y anhelos profesionales, tomó partido por la causa antiesclavista y la leva de afrodescendientes. Su experiencia periodística en Buenos Aires, sumada a su conocimiento del idioma inglés, hicieron que se resolviera a tomar la pluma. El 27 de junio, *The Harper's Weekly* publicó –como ya se señaló– un par de cartas suyas, donde el argentino manifestaba estar “muy sorprendido de que la capacidad, y podría decir la suprema excelencia de los negros como soldados, sean cuestionadas”. En ellas celebraba los progresos de la abolición de la esclavitud en las dos Américas, al tiempo que elogiaba sin retaceos las cualidades marciales y civiles de la «raza negra»: coraje, fuerza, fiereza, resistencia, disciplina, abnegación, lealtad, patriotismo, amor por la libertad...

Para fundamentar su apología, Mayer tuvo la sagacidad de invocar precedentes históricos sudamericanos: la destacada participación de negros y mulatos en las guerras de independencia, la guerra contra el Imperio del

¹¹ Para mayor información, este libro es una excelente opción: Allen C. Guelzo, *Lincoln's Emancipation Proclamation: The End of Slavery in America*, Nueva York, Simon & Schuster, 2006. Quienes busquen algo más somero y divulgativo en castellano, pueden leer este artículo mío: “La *Emancipation Proclamation* de Lincoln”, en *Comercio y Justicia* (Córdoba), 5 de noviembre de 2014, disponible en <https://comercioyjusticia.info/blog/opinion/la-emancipation-declaration-de-lincoln>.

Una aclaración importante: tal como se indicó, la Proclama de Emancipación entró en vigencia el 1° de enero de 1863; pero su anuncio oficial –por bando militar, a modo de ultimátum– fue hecho unos cien días antes, el 22 de septiembre de 1862. De ahí que la efeméride de la *Emancipation Proclamation* se corresponda con esta última fecha, y no con la primera. El 22 de septiembre de 1862, el presidente Lincoln conminó a los estados rebeldes del Sur a cesar sus hostilidades y reincorporarse a la Unión, dándoles como plazo máximo el 31 de diciembre. Pasada esa fecha, la sanción por incumplimiento sería la manumisión en masa de toda la esclavatura, sin resarcimiento. Más allá de su poder disuasivo a mediano plazo (cien días), bastante incierto, la Proclama de Emancipación respondía a un objetivo inmediato mucho más factible: soliviantar o agitar a la población afrodescendiente esclava con la promesa de libertad, generándoles a los Estados Confederados –tan pronto como se hiciera el anuncio– una crisis económico-social en retaguardia que minara su capacidad militar. La historia demuestra que la estrategia de Lincoln fue correcta. Y fue precisamente en función de esa estrategia que los *Border States* (los cuatro estados sureños esclavistas que lindaban con el Norte) quedaron exceptuados de la *Emancipation Proclamation*, puesto que eran leales a la Unión, y por nada del mundo se quería perder su apoyo mientras la guerra contra el Sur Profundo confederado no terminara. La abolición general de la esclavitud en todos los EE.UU. recién se concretaría en diciembre de 1865, ya concluida la guerra de Secesión, con la XIII Enmienda a la Constitución.

¹² *United States Colored Troops*, «Tropas de Color de Estados Unidos» (USCT, por sus siglas en inglés). Eran los regimientos afroamericanos del Ejército de la Unión, integrados por *freedmen* (libertos) negros y mulatos. Su creación data de 1863, luego de que entrara en vigencia la Proclama de Emancipación de Lincoln, aunque hubo algunos antecedentes en 1862 a nivel estadual (por ej., un cuerpo de voluntarios afrodescendientes en la milicia de Kansas). Las USCT llegaron a tener 178 mil soldados, repartidos en 175 regimientos comandados por oficiales blancos. Al final de la guerra civil, representaban la décima parte del Union Army.

Existe un estupendo libro sobre esta materia: William Dobak, *Freedom by the Sword. The US Colored Troops, 1862-1867*. Washington, Centro de Historia Militar del Ejército de EE.UU., 2011. Incluye un pasaje sobre Mayer –ilustrado con un retrato fotográfico de este oficial– en la pág. 439. Las y los lectores cinéfilos seguramente recordarán la película *Tiempos de gloria* (1989), de Edward Zwick, protagonizada por Matthew Broderick, Denzel Washington, Cary Elwes y Morgan Freeman. Cuenta la historia del 54° Regimiento de Infantería de Voluntarios de Massachusetts, íntegramente conformado por afroamericanos libertos, y comandado por un oficial blanco (aunque no extranjero como Mayer, sino nativo), unidad que tuvo una destacada actuación en la guerra de Secesión.

Brasil y las guerras civiles rioplatenses. Recordó que la Asamblea del Año XIII había proclamado la libertad de vientres y prohibido la trata exterior, que San Martín había reclutado a miles de libertos y afrodescendientes para sus batallones de infantería, y que en la dura lucha contra el imperio esclavista brasileño –que había invadido y tiranizado la Banda Oriental– volvieron a descollar muchos veteranos negros y mulatos de las guerras de Independencia, que nada tenían que envidiar a los aguerridos mercenarios europeos contratados por Pedro I.

Mayer evocó a los soldados afroargentinos que habían sacrificado o arriesgado su vida por la libertad de su tierra, combatiendo a los realistas. Un nombre propio se reitera en su relato: Lorenzo Barcala, el coronel mulato “*was born in the city of Mendoza, where his parents were slaves*”. Destacó de él no solo sus atributos y proezas militares (como su contribución a la decisiva victoria de Ituzaingó, en la guerra contra el Brasil), sino también su adhesión al partido unitario y su férrea oposición al «tirano» Rosas, postura política que caracterizó en términos sarmientinos como *civilización contra barbarie* (Edelmiro era amigo y protegido del sanjuanino, quien llegaría a ser el embajador de la Argentina mitrista en los Estados Unidos, hacia 1865).

El panegírico de Mayer sobre Barcala no está exento de errores y omisiones: le atribuye haber integrado el Ejército de los Andes y combatido en Chacabuco y Maipú, cuando en realidad nunca cruzó la cordillera; y nada dice sobre su tardía lealtad al caudillo federal Facundo Quiroga luego de la batalla de La Ciudadela (1831), donde fue derrotado y capturado. Se aleja de la verdad, también, cuando afirma que toda la población afroargentina se hizo unitaria, cuando la mayoría era federal, al menos en la Buenos Aires de Rosas y varias provincias del Interior leales al *Restaurador*. De todo esto se hablará con más detalle oportunamente. Mayer remata su semblanza con estas palabras: “El coronel Barcala es uno de los personajes más bellos de la historia argentina, la historia más heroica de Sudamérica. [...] Ningún tirano doméstico o extranjero profana la tierra que él amó tan bien, y todo argentino libre atesora la memoria de Barcala”.

Las cartas de Mayer al *Harper's Weekly*, el periódico más influyente del Norte, no cayeron en saco roto. Se le encomendó pronto la tarea de entrenar reclutas de las USCT, y fue designado capitán de una compañía de infantería totalmente integrada por voluntarios negros y mulatos. Hacia mediados de octubre, lo hallamos en la ciudad de Baltimore. Tendrá una actuación meritoria en la decisiva batalla de Chattanooga (Tennessee), la accidentada campaña de Florida –donde es gravemente herido– y el largo sitio de Petersburg (Virginia), llegando a dirigir un regimiento entero de afroamericanos: el 45° de Infantería. En virtud de todo esto, el 31 de diciembre de 1864 Lincoln firma su promoción a teniente coronel, el rango militar que Mitre –enemistado con el comandante Wenceslao Paunero– le había negado en su patria.

Al parecer, Mayer contaba con la admiración y estima de sus subalternos afroamericanos. Era un oficial intrépido, avezado y culto, no carente de bonhomía y simpatía. Tenía carisma y gozaba de popularidad. Oscar W. Norton, uno de esos subalternos, le comentó por carta a su hermana: “la mayor excitación aquí es causada por la llegada de un nuevo comandante de regimiento, el mayor Edelmiro Mayer. Es un sudamericano, y ha servido por diez años dentro del ejército, en el extranjero. Habla varias lenguas... y con su inagotable cantera de comentarios mantiene a todos con el mejor humor posible”. Mayer “llegó al fondo de las cosas, y nuestro regimiento va a mejorar bajo su dirección”¹³.

Sarmiento, quien también simpatizaba con la causa abolicionista de la Unión, dirá de él poco después, en el cap. XIX de su *Vida de Abraham Lincoln* (1866), cuando ya había asumido el cargo de embajador argentino en Washington, DC:

En cuanto a la aptitud de los negros para la guerra, sobre lo que existían muy fuertes dudas, no debieron ser del todo ineficaces los escritos de un joven Mayer, de nación argentino, quien pudo con justicia y

¹³ Cit. en Rothera, *op. cit.*, p. 56.

oportunidad citar los hechos históricos, que desde la guerra de la Independencia de Sud América habían dejado establecida fuera de disputa la aptitud de las gentes de color para la guerra; puesto que ya en las batallas tan célebres de Chacabuco y Maipú, en Chile, bajo las órdenes del General San Martín, como en las de Junín y Ayacucho, bajo las órdenes de Bolívar, los batallones negros compartieron en igual grado la gloria de la jornada. La defensa de Montevideo, por espacio de diez años, por la que se hizo llamar la Nueva Troya, fue sostenida por tropas de línea, entre las cuales había batallones de negros,¹⁴ que también lucieron en la batalla de Caseros que derrocó la sangrienta tiranía de Rosas. El joven Mayer tomó servicio, para hacer buenos sus asertos, al mando de tropas negras; y mui buenos resultados debió ofrecer su plan, pues que en breve de capitán ascendió a Teniente Coronel, con el mando de un regimiento de color. Así la temprana experiencia de la América del Sud venía a ayudar a la emancipación de los negros, ennobleciéndolos por las armas.¹⁵

Al terminar la guerra de Secesión en abril de 1865, Mayer y sus veteranos *freedmen* participaron de los desfiles triunfales en Washington, la capital de la Unión. Pero la noche del viernes 14 ocurrió una tragedia inesperada en el Teatro Ford: Lincoln recibió un disparo en la cabeza, muriendo pocas horas después. El asesino fue el actor sudista John Wilkes Booth. Mayer, amigo de la familia presidencial, asistió a los funerales. Al momento de producirse el magnicidio, se encontraba con el hijo de Lincoln en una fiesta.

El teniente coronel Mayer se marcharía a México para alistarse en el Ejército republicano de Benito Juárez, que libraba una guerra popular antiimperialista contra las fuerzas de Napoleón III, su monarca títere Maximiliano I –el archiduque de Austria– y los conservadores mexicanos que le eran adictos: la guerra contra la Segunda Intervención Francesa en México (1862-67). Comandó el batallón Zaragoza en numerosas batallas por la independencia: Monterrey, Santa Gertrudis, Querétaro... En virtud de su meritoria actuación, fue ascendido a general.¹⁶ Pero las andanzas mexicanas de Mayer –que él narra en sus memorias– exceden la

¹⁴ No está de más recordar que, durante el Sitio Grande de Montevideo (1843-51), los colorados uruguayos contaron con el apoyo de los unitarios argentinos emigrados al Uruguay, y también con el auxilio de la Legión Italiana: el legendario revolucionario Giuseppe Garibaldi y sus bravos *camicie rosse*. Como bien destaca Sarmiento, la larga inexpugnabilidad (ocho años) de Montevideo mucho le debió a la férrea tenacidad de los batallones de infantería de *pardos* y *morenos* comandados por el general Paz. Esa tenacidad hubiese sido impensable si los colorados, el 12 de diciembre de 1842, al optar por replegarse en la capital uruguaya para resistir el inminente asedio de los blancos y Rosas (vencedores en Arroyo Grande), no hubieran abolido la esclavitud, promulgando una ley que decía: “...Considerando [...] que en ningún caso es más urgente el reconocimiento de los derechos que estos individuos tienen de la naturaleza, la Constitución y la opinión ilustrada de nuestro siglo; que en las actuales circunstancias en que la República necesita de hombres libres, que defiendan las libertades y la independencia de la Nación; [...] NO HAY ESCLAVOS EN TODO EL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA”. Cit. en Francisco A. Wright, *Montevideo. Apuntes históricos de la defensa de la República*, Montevideo, Imprenta Nacional, 1845, pp. 32-33, disponible en Google Libros. Mayúsculas en el original.

¹⁵ Sarmiento, *op. cit.*, p. 222. En nota al pie, el sanjuanino acota esta anécdota: “el Comandante Mayer, celebrado en el Ejército como buen jinete, se distinguió en la batalla de Olustee, en la Florida. Muerto el abanderado de su regimiento, otro oficial con el mismo fin le sucedió. Entonces Mayer, tomó en sus manos la bandera, cayendo traspasado por dos balazos, de cuyas heridas apenas sobrevivió”. Sarmiento habló también de Mayer, simultáneamente y en términos muy similares a los de su *Vida de Lincoln*, en su informe al ministro de Instrucción Pública de Argentina, Dr. Eduardo Costa, *Las escuelas: base de la prosperidad y de la república en los Estados Unidos*. Nueva York, E. Davison, 1866, pp. 184-185, disponible en Google Libros.

¹⁶ Con respecto a la Segunda Intervención Francesa en México, este libro ofrece una buena panorámica histórica: Patricia Galeana, *Juárez en la historia de México*, México, Porrúa, 2006.

Una digresión: a mediados de 1867, terminada la guerra de Intervención en México, Mayer intentó conseguir un puesto de oficial en el Ejército Argentino que luchaba contra el Paraguay en la guerra de la Triple Alianza. Eso no era nada sencillo, debido a la reyerta que había tenido con Mitre, a la sazón, presidente de nuestro país. Mayer escribió una carta a sus influyentes amigos Adolfo Alsina, Héctor Varela y Nicolás Avellaneda, con la esperanza de que estos intercedieran ante el jefe de estado. La gestión no tuvo éxito, de modo que Mayer no pudo participar en la guerra de la Triple Alianza. En la misiva, Mayer no ocultó su desacuerdo con la invasión fratricida que Argentina, Brasil y Uruguay habían lanzado contra el Paraguay. ¿Por qué quería entonces combatir en el Ejército Argentino, de todos modos? Porque entendía que, como ciudadano y soldado, como patriota y profesional, debía anteponer los valores de lealtad nacional y disciplina militar a sus opiniones políticas personales (panamericanismo). Su carta dice así:

“Estimados amigos y compatriotas:

“En este día tan glorioso para México [...] me dirijo a ustedes siempre recordando esa patria querida, de la que hace tanto tiempo me separé.

“Con cuánta ansiedad vivo por ella, fácilmente se lo podrán imaginar, si consideran que rara vez llevo a saber algo de ella y de su ejército que opera sobre el Paraguay, y que cuando algo leo o me refieren, siempre es en favor de esta última República, *cuyo amor a su independencia, hace hasta del último de sus hijos un héroe*. [Sigue en la otra página]

finalidad de este artículo, igual que sus últimos años de repatriado en el Río de la Plata y la Patagonia, donde intervino en la represión del levantamiento mitrista de 1874 y en el alzamiento bonaerense de Tejedor contra la federalización de la ciudad de Buenos Aires (1880), últimas guerras civiles de la Argentina; y donde, además, llegó a desempeñarse como gobernador del territorio nacional de Santa Cruz hasta su muerte, en 1897.

Las cartas de Mayer al *Harper's Weekly* nunca fueron traducidas al castellano. La presente publicación viene a llenar ese hueco historiográfico. Sin más preámbulos, comparto mi traducción, a la cual juzgué conveniente suplementar con notas bibliográficas y aclaratorias, o bien, de carácter crítico o digresivo.

TROPAS DE COLOR

La discusión militar de mayor interés en este momento¹⁷ es sobre el valor de las tropas de color. Hasta ahora en la guerra, cada vez que han estado en acción,¹⁸ han demostrado el heroísmo, la subordinación, la serenidad y la inquebrantable resolución que son esenciales para el soldado exitoso. Pero un más interesante capítulo testimonial sobre la materia ha sido confiado a nosotros por un amigo¹⁹, quien lo recibió del mayor Edelmiro Mayer, un soldado de la República Argentina que ha entrado al servicio de este país,²⁰ habiendo sido ampliamente recomendado al presidente y distinguidos personajes civiles y

“Ignoro de una manera explícita y positiva los motivos que hayan podido compeler a nuestra patria a lanzarse a una guerra tan absurda, a una alianza tan contraria a los intereses no solo de nuestra República, sino de todas las repúblicas hispanoamericanas. Sin averiguación alguna me hubiera determinado a ir a incorporarme al ejército nuestro si hubiera creído por un instante que la guerra había de durar tanto. Sin los datos necesarios no quería quebrantar el propósito con que salí de Buenos Aires en 1863; pero hace pocos días me han dicho personas que están algo informadas, que el estado de nuestro ejército no es el más brillante o halagüeño: debo pues prestar allí mi espada, antes que en otra parte.

“Deseo y suplico a ustedes que a mi nombre ofrezcan mis servicios como militar a la autoridad correspondiente, no porque crea necesarios estos mis servicios como soldado de infantería, pues supongo que todavía existen los Conesa, E. Mitre, Rivas, Cano, Facio, Roseti y tantos otros excelentes oficiales, sino porque creo poder ayudar en algo con la experiencia que he adquirido en mi activa carrera en la colosal guerra de los Estados Unidos y en la heroica y desesperada de México.

“A pesar de mi juicio y sentir sobre la guerra contra el Paraguay, en la que según sólo obtendremos una página gloriosa para nuestra historia militar y de que por cierto bien pueden pasar sin nuestros muy gloriosos anales –suponiendo que gloria puede haber cuando se combate contra los grandes intereses futuros de la Nación– creo que no dudarán ni el pueblo ni el Gobierno, por contrarios que sean a mis opiniones, que si me dan una misión militar la sabré cumplir estrictamente.

“Espero una pronta contestación [...]. Deseando toda grandeza y mejores días a nuestra patria, me despido de ustedes afectuosamente. Edelmiro Mayer”.

La carta fue publicada por el periódico uruguayo *La Tribuna* de Montevideo, con fecha 31 de agosto y 1° de septiembre de 1867. Aparece íntegramente reproducida en el prólogo a la edición mexicana de *Campaña y guarnición*. México, Departamento del DF, 1985, pp. 9-10 (las cursivas son mías). Debo el conocimiento de esta carta al periodista Ernesto Castillo, integrante de la Red de Radios Socioeducativas de Río Gallegos (Santa Cruz), quien investiga desde hace años la vida de Edelmiro Mayer.

¹⁷ El momento, tal como se informa en ese mismo número del *Harper's Weekly*, no podía ser más crítico. Hacia fines de junio de 1863, el ejército confederado acababa de invadir Pensilvania, en lo que sería el máximo avance territorial logrado por el Sur en toda la guerra de Secesión (1861-65). Nunca hubo tanta alarma en el Norte como durante esos días, en que las tropas del general Lee llegaron a estar a solo 170 kilómetros de Filadelfia. La calma, con todo, empezaría a volver pronto, a principios de julio, merced a la decisiva victoria de la Unión en Gettysburg, gran punto de inflexión en la guerra civil norteamericana.

En julio, sin embargo, el rechazo a la guerra y el resentimiento racista alcanzaron un gran pico de intensidad en el Norte: los *Draft Riots*. Pocos días después de Gettysburg, la plebe neoyorquina –en gran medida conformada por inmigrantes irlandeses pobres– se amotinó contra el reclutamiento forzoso de nuevos contingentes por sorteo y contra la continuidad de la guerra, y también contra la Proclama de Emancipación, la migración negra del Sur al Norte y la contratación de trabajadores «de color» en industrias y servicios. Más de cien personas afrodescendientes fueron brutalmente linchadas o ahorcadas en las calles de la *Gran Manzana* entre el 13 y 16 de julio de 1863, masacre que ha sido recreada en la escena final de *Pandillas de Nueva York* (2002), la película de Martin Scorsese. Véase Dupree A. Hunter y Leslie H. Fishel (Jr.), “An Eyewitness Account of the New York Draft Riots, July, 1863”, en *Mississippi Valley Historical Review*, vol. 47, n° 3, dic. 1960, pp. 472–79.

En síntesis, Mayer publica sus cartas en un contexto donde la Unión necesitaba más reclutas que nunca para la guerra, pero donde, al mismo tiempo, el racismo todavía imperante en el Norte entorpecía el reclutamiento de las USCT.

¹⁸ Por ej., en el combate de Mound Island, Missouri, el 29 de octubre de 1862, donde el 1^{er} Regimiento de Infantería de Voluntarios de Color de Kansas consiguió una notable victoria para la Unión al dispersar un contingente confederado de la Guardia del Estado de Missouri, el cual tenía la doble ventaja de la sorpresa (había tendido una emboscada) y del número (350 contra 250).

¹⁹ ¿Sarmiento, quien tenía muchos contactos en los Estados Unidos desde que lo visitara allá por 1847? ¿O tal vez Robert Lincoln, el hijo del presidente, de quien Mayer se había hecho amigo cuando arribó a Nueva York pocos meses atrás?

²⁰ Mayer había ingresado al Union Army con el grado de mayor. Aún no tenía tropas a cargo, ni había tenido su bautismo de fuego en la guerra de Secesión. Se desempeñaba como instructor en la academia militar de West Point, no muy lejos de la ciudad de Nueva York.

*militares por eminentes personas de su propio país.*²¹ *Haremos solo aquellos cambios en sus expresiones que sean absolutamente esenciales. El mayor escribe en inglés:*²²

Estoy muy sorprendido de que la capacidad, y podría decir la suprema excelencia de los negros como soldados, sean cuestionadas.²³ Pero recuerdo que, cuando el Nuevo Mundo fue descubierto, los europeos dudaron de si los indios eran hombres o no, hasta que el papa Alejandro VI emitió una bula declarándolos dotados de inteligencia y descendientes de Adán...²⁴

¿Qué fundamento hay para creer que el negro no es un buen soldado? En mi opinión, no carece de ninguna de las cualidades de un soldado; y esta opinión mía está fundada en rigurosas pruebas de su valor, vistas y conocidas por mí en una larga experiencia con ellos en las guerras de la República Argentina.²⁵

La rama principal del ejército es la infantería. Permítasenos entonces considerar al negro como un soldado de a pie.

Para ser un buen soldado de infantería es necesario que el hombre sea robusto y sobrio, y capaz de soportar privaciones y fatiga. Debe estar dotado del coraje pasivo del artillero y el marino, y debe también poseer la intrepidez que, cuando la ocasión lo exija, lo lance a la carga con la impetuosidad de un jinete. Para luchar de día y de noche, en verano e invierno, sobre tierra y sobre agua, en todos los climas, y en todo tipo de suelo; resistiendo la fatiga, el frío y el hambre, él necesita una inteligencia acorde al tipo de guerra que practica –una continua perseverancia, destreza, energía y fuerza moral para participar en todos los combates–.

Eso sí: la infantería no será buena hasta que esté compuesta de individuos que reciban codo a codo el bote de metralla, sin esquivar los disparos ni cambiar de posición; que reciban o ataquen al enemigo con bayoneta o bala; que hagan largas marchas sin calzado y acampen sin agua en verano, sin ropa en invierno y comiendo poco; que luchen sin descanso.

Encuentra una raza de hombres con tales cualidades, y habrás encontrado la mejor infantería del mundo. En general, los negros son robustos; pero los esclavos lo son mucho más, porque están habituados al trabajo incesante y son capaces de soportar las privaciones y fatigas de las campañas con admirable resignación, y podría decirse también con una impassibilidad estoica.

Que el negro es valiente está demostrado por la historia de mi país, en la que están escritos los nombres de muchos héroes negros.²⁶

²¹ Entre otros, Domingo Faustino Sarmiento –por entonces gobernador de San Juan– y William Goodfellow, pastor de la congregación metodista norteamericana de Buenos Aires. En la Librería del Congreso de los Estados Unidos, entre los numerosos documentos del archivo de Lincoln (serie 1), está la carta de recomendación que el Rev. Goodfellow le dirigió al presidente norteamericano, fechada en la capital argentina el 20 de enero de 1863: “Mi querido Señor: el portador, mayor E. Mayer, va del Ejército Nacional argentino a ofrecerse por la causa de la Unión. [...] Habla fluidamente inglés y alemán, y ha ganado distinciones en los campos más cruentos de Sudamérica. [...] Podría asignarle una plaza en el *staff* de uno de nuestros generales...” (la traducción es mía). Puede leerse la misiva completa en <https://www.loc.gov/resource/mal.2126300/?st=gallery>.

²² Mayer era hijo de un oficial británico de la Royal Navy radicado en Buenos Aires, y había recibido clases de inglés desde niño. Tenía, por ende, un muy buen dominio de esa lengua.

²³ La opinión pública del Norte estaba dividida respecto a las USCT. Dar armas e instrucción militar a los *freedmen* era considerado peligroso, subversivo, por los sectores blancos más conservadores de la Unión, fuertemente racistas. Incluso la abolición de la esclavitud seguía siendo materia de controversia. Una parte de la población blanca nordista no había acogido bien la *Emancipation Proclamation*, sobre todo en los estados fronterizos esclavistas que se habían mantenido leales a Lincoln y que –todavía– no habían sido afectados por la política revolucionaria de manumisiones en masa.

²⁴ Mayer incurre aquí en una confusión. La bula en cuestión, la *Sublimis Deus* (1537), fue promulgada por el papa Pablo III, no por Alejandro VI. No obstante, podría alegarse que en las bulas alejandrinas (1493) ya estaba implícita, en germen, la doctrina pontificia según la cual los pueblos indígenas eran parte del género humano, de momento en que se planteaba la necesidad misional de evangelizarlos. Lo cual no significaba, claro está, reconocer que su racionalidad fuese plena, equiparable a la de los conquistadores europeos. Lo dicho vale no solo para las bulas alejandrinas, sino también para la *Sublimis Deus* a la que parece aludir Mayer.

²⁵ Mayer había intervenido en la guerra civil entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina (1852-61), luchando para el bando porteño. También participó en las campañas de Mitre contra las montoneras federales del Interior, luego de Pavón, entre 1861 y 1862. Le tocó en suerte, asimismo, una experiencia fortinera en el sur bonaerense, luego de Cepeda, donde combatió contra pampas y ranqueles (1859-61). En todas estas guerras, Mayer había tenido subalternos afrodescendientes.

²⁶ Los tenientes coroneles Inocencio Pesoa, Nicolás Cabrera y Agustín Sosa; el capitán Andrés Ibáñez; los sargentos José Cipriano Campana y Juan Bautista Cabral, el soldado Batallón, etc. Acaso también (se discute su existencia) el cabo segundo Antonio Ruiz, alias *Falucho*.

En la guerra sudamericana de Independencia, el ejército de la República Argentina contribuyó a liberar cinco otras repúblicas (Perú, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay),²⁷ y en el ejército había muchos batallones de negros²⁸. Los ejércitos españoles, que venían recientemente de combatir contra las legiones de Napoleón el Grande,²⁹ sabían muy bien de qué metal estaban hechos los negros, porque los españoles fueron derrotados por ellos en muchas batallas.³⁰

En la guerra que la República Argentina tuvo contra el Brasil, en 1825, los brasileños tenían 8.000 soldados extranjeros en su infantería,³¹ quienes, en la decisiva batalla de Ituzaingó (donde las armas argentinas fueron victoriosas)³², terminaron muertos, heridos o hecho prisioneros por un número inferior de negros, comandados por un coronel negro llamado Barcala, quien había sido ascendido a ese alto grado en el ejército regular debido a su heroísmo, talento militar y maneras caballerescas.³³

En la larga y cruenta guerra civil de la República Argentina, en la cual pugnaron dos elementos opuestos –civilización y barbarie–,³⁴ los negros siempre estuvieron del lado del partido civilizado, y siempre fueron

²⁷ Hablar de “República Argentina” para esa época (guerra de independencia) es inexacto. En aquel entonces, la denominación era Provincias Unidas del Río de la Plata. Este anacronismo de Mayer pudo haberse debido a su deseo de allanar la comprensión del público norteamericano, que poco conocía la realidad rioplatense.

En cuanto a la liberación de “cinco repúblicas”, debe matizarse ese número. Originalmente, el Alto Perú, la Banda Oriental y el Paraguay eran parte de las Provincias Unidas. Por otro lado, en el caso particular del Paraguay, la expedición de Belgrano de 1810-1811 no contó con un apoyo local significativo. Al contrario, fue objeto de una resistencia casi unánime. La independencia paraguaya poco le debe a las armas rioplatenses. Harina de otro costal son Misiones y Corrientes, pero estos territorios no habrían de engrosar la República del Paraguay. Mayer podría haber añadido Ecuador a su lista, debido a la participación de tropas rioplatenses –un escuadrón de granaderos a caballo comandado por el coronel Juan Lavalle– en la expedición que San Martín envió a Quito desde Perú, en auxilio de Sucre (1822). Pero hasta 1830, la antigua Presidencia de Quito integraría la Gran Colombia.

²⁸ Casi la mitad del Ejército de los Andes estaba integrado por negros y mulatos, fuertemente concentrados en los batallones de infantería. Por otra parte, hacia 1813, un 38% del Ejército del Norte estaba conformado por libertos afrodescendientes. Cfr. Alejandro Morea, “Negros, pardos y morenos en el Ejército Auxiliar del Perú (1810-1820)”, en *Historia Caribe*, vol. XIV, n° 35, jul.-dic. 2019, pp. 39-40.

²⁹ Mayer hace referencia a la guerra de Independencia española, librada en la Península Ibérica contra la invasión napoleónica, entre 1808 y 1814. En ella combatió José de San Martín antes de retornar al Río de la Plata en 1812.

³⁰ En una carta de 1816 a su amigo y colaborador Tomás Godoy Cruz, San Martín escribió: “No hay remedio mi buen amigo, solo nos puede salvar el poner a todo esclavo sobre las armas, por otra parte, así como los americanos son lo mejor para la caballería, así es una verdad que no son los más aptos para infantería, mire usted que yo he procurado conocer a nuestro soldado, y sólo los negros son los verdaderamente útiles para esta última arma...”. Cit. en Alejandro Rabinovich, *Ser soldado en las guerras de Independencia*, Bs. As., Sudamericana, 2013, pp. 42-43.

San Martín nos da una pista sobre su parecer en otro escrito: “el esclavo tiene principios de disciplina que es más difícil inculcar en los blancos”, en obvia alusión a los hábitos de obediencia férrea que se le han inculcado desde su infancia o captura. Cit. en Marta Beatriz Goldberg, “Coraje Bantu en las guerras de independencia argentina”, en *Revista del CESLA*, n° 7, 2005, p. 203.

³¹ El autor alude al *Corpo de Estrangeiros*, compuesto mayormente de mercenarios alemanes.

³² Se libró el 20 de febrero de 1827, en Río Grande do Sul. Ituzaingó fue una batalla clave, puesto que aceleró los acuerdos de paz y aseguró la independencia definitiva del Uruguay, subyugado por Brasil desde 1817. Cabe destacar que Brasil era un imperio, una monarquía, no una república como las otras naciones de la América independiente. Asimismo, su política abiertamente expansionista en el Plata parecía remedar el colonialismo de las potencias europeas. Y dos cosas más, no menos importantes: primero, los soldados imperiales eran mayormente mercenarios extranjeros, no ciudadanos/patriotas en armas como los rioplatenses; y segundo, Brasil constituía uno de los mayores baluartes del esclavismo, en el continente y en el mundo. De ahí que Mayer no pierda oportunidad de ensalzar la victoria de Ituzaingó. La guerra contra el Brasil monárquico e invasor, contra el Brasil «esclavócrata» de las *fazendas* cafetaleras y los ingenios azucareros, fue una causa profundamente libertaria, cimentada no solo en el republicanismo y el antiimperialismo, sino también en el abolicionismo (más allá de todas sus limitaciones y contradicciones: gradualismo, paternalismo, racismo). Esto explica la popularidad que gozó entre los afroargentinos y afroargentinos, y la conmovedora vehemencia con que los batallones de *morenos* y *pardos* combatieron por la emancipación de la Banda Oriental. En el imaginario republicano de la época, que no había perdido del todo la herencia jacobina de Mayo, Ituzaingó y Juncal fueron algo así como *la Maratón* y *Salamina del Río de la Plata*. Añádase que muchos esclavos brasileños fugados de las plantaciones y los *engenhos* habían hallado refugio –y redención– en las Provincias Unidas, reforzando con su presencia la hostilidad afroargentina hacia el Imperio de Pedro I, país donde la trata estaba legalizada sin restricciones y la libertad de vientres brillaba por su ausencia. Aunque en las Provincias Unidas la esclavitud subsistía (y subsistirá hasta mediados del siglo XIX), ya estaba en marcha un importante proceso de abolición gradual. Vid. Magdalena Candiotti, *Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y abolición en la Argentina*, Bs. As., Siglo XXI, 2021. En la prensa afroporteña decimonónica hay múltiples evidencias de solidaridad internacionalista con los hermanos y hermanas del Brasil en situación de esclavitud. Véase Lea Geler, *Andares negros, caminos blancos: afroporteños, Estado y Nación*, Rosario, Prohistoria, 2010, pp. 198-202.

³³ Mayer se exhibe sobre Barcala en su otra carta (véase *infra*). En realidad, este oficial afroargentino consiguió el rango de coronel con posterioridad a la guerra contra el Brasil. Lo consiguió en 1830, luchando para el bando unitario en la batalla de Oncativo (Córdoba). Barcala tuvo una actuación rutilante, que cimentó la victoria del general Paz sobre el caudillo federal Facundo Quiroga.

³⁴ Recuérdese que Mayer era liberal y amigo de Sarmiento, y que se había criado en el seno de una familia porteña fervientemente unitaria. No sorprende entonces que reprodujera la retórica maniquea *civilización vs. barbarie*.

sublimemente leales al mismo. Los líderes del partido bárbaro nunca fueron capaces de persuadir a esos negros de servirles. Ellos prefirieron en todo momento las torturas del tirano J. M. de Rosas y una muerte segura por traición.³⁵

Nunca desertaron de la bandera de la libertad.

Cuando el ejército de la libertad fue diezmado por Rosas,³⁶ y la República Argentina se había vuelto un vasto cementerio para todos aquellos que amaban la libertad –cuando nuestro ejército había sido privado de sus líderes más necesarios y los hombres habían perecido por hambre, sed y la fatiga de tales campañas–, los negros se distinguieron por la perseverancia, destreza y fuerza moral con que afrontaron todas las pruebas y superaron todas las dificultades.

Los negros jamás se insubordinan, y la subordinación es el alma de un buen ejército. Además, son muy leales a sus comandantes y oficiales.

Les relataré un hecho ocurrido en 1854. El partido retrógrado había tomado posesión del gobierno de la República del Uruguay.³⁷ Los liberales resolvieron entonces derrocarlo,³⁸ y se unieron a algunos

³⁵ Esto es ostensiblemente falso. Una enorme cantidad de afrodescendientes –con toda seguridad la mayoría, al menos en la Buenos Aires rosista– simpatizaba con el partido federal y combatió por él en las guerras civiles. Juan Manuel de Rosas, por ejemplo, llegó a contar con una amplísima y fervorosa adhesión de la plebe afroporteña merced a sus políticas clientelistas, demagógicas y paternalistas, algo que sus enemigos unitarios no se cansaron de denunciar con acritud, incurriendo a menudo en estigmatizaciones racistas como las de *Amalia*, la novela de José Mármol. Numerosos afroporteños militaron en la Sociedad Popular Restauradora, engrosaron las milicias bonaerenses y fueron parte de la temida Mazorca. Con todo, es un hecho que Rosas nunca quiso abolir la esclavitud (hubo que esperar a su derrota y caída en la batalla de Caseros para que eso ocurriera, Constitución Nacional mediante), y que, durante gran parte de su gobierno, permitió –e incluso alentó– la trata: volvió a legalizarla (1831) luego de que la Asamblea del Año XIII la prohibiera, pero finalmente restableció su proscripción (1839). También es un hecho que el unitarismo no carecía de apoyos al interior de la comunidad afrodescendiente, como lo prueba la presencia de nutridos contingentes de negros y mulatos en los ejércitos de Lavalle, Paz y Lamadrid; y también la trayectoria biográfica no solo de Barcala, sino también de otros suboficiales y oficiales *pardos* o *morenos*: el coronel José María Morales, el sargento José Cipriano Campana, el coronel Pablo Irrazábal, el mayor Celestino Barcala (el hijo de Lorenzo Barcala), etc. Por lo demás, los intelectuales liberales antirrosistas de la generación del 37 solían tener opiniones abolicionistas. Desde luego que el antiesclavismo no era incompatible con el racismo (como lo ilustra crudamente el caso de Sarmiento), pero esto vale por igual para unitarios y federales, algo que el revisionismo histórico tiende a pasar por alto.

Un historiador estadounidense especialista en la materia ha escrito: “el apoyo de la comunidad [negra y mulata] a Rosas de ningún modo era unánime. Algunos afroargentinos, en especial aquellos que estaban ubicados más confortablemente en la sociedad de la ciudad [Buenos Aires], se unían a los unitarios contra el dictador. El coronel José María Morales, el oficial de color de más alto rango de la Argentina, inició su carrera militar luchando en el bando unitario en el Sitio de Montevideo. Doña Encarnación repetidamente advertía a su esposo de los complots para asesinarlo; el sospechado instigador de uno de ellos fue un mulato Carranza, ‘muy unitario’. Otro mulato de nombre Félix Barbuena se decía que había sido el líder de la revuelta antirrosista de 1839 en el sur de la provincia [el movimiento Libres del Sur, aplastado en Chascomús]. Los enemigos del gobernador hacían todo lo posible por socavar el apoyo de los afroargentinos al dictador. En 1836, un informante le escribió al jefe de policía que ex oficiales de una antigua unidad militar negra, el Cuarto Batallón de Cazadores, se habían infiltrado en las naciones africanas y estaban difundiendo la subversión unitaria”. George Reid Andrews, *Los afroargentinos de Buenos Aires*, Bs. As., Ed. de la Flor, 1989, p. 119.

Lavalle, en su campaña contra Rosas de 1839, interpelló a los afroargentinos como compatriotas y pares, y como viejos compañeros de armas: “Hombres de color y de casta por quienes he peleado en cien combates, puesto que he peleado por la igualdad de todos los hombres. ¡Yo vengo en defensa de vuestra causa, soy vuestro amigo y vuestro defensor! ¡Os brindo un rango en mis filas para pelear contra el salvaje que os asesina y os vende, so pretexto hipócrita de amigo de los pobres!” (cit. En Francisco Morrone, *Los negros en el Ejército: declinación demográfica y disolución*, Bs. As., CEAL, 1995, p. 71). En su proclama, Lavalle parece denunciar el esclavismo de Rosas, quien no solo había preservado la esclavitud, sino también rehabilitado la trata exterior, alguna vez prohibida por la Asamblea del Año XIII.

La prensa afroporteña es otro buen indicador de que la población negra y mulata distaba de ser unánimemente federal en sus preferencias políticas. Luego de la caída del rosismo en 1852, que acabó con la persecución y censura contra los unitarios, circularon en Buenos Aires varios periódicos que combinaban una orgullosa reivindicación de la identidad racial/étnica afrodescendiente con posiciones ideológicas liberales y mitristas que iban de la mano, en el plano de la *política de la memoria*, con la línea Mayo-Caseros (por ej., *El Artesano* y *La Juventud*). Véase Geler, *op. cit.*, pp. 201 y 283.

³⁶ Esta referencia histórica de Mayer resulta poco clara. Podría tratarse de la seguidilla de cruentas derrotas sufridas por los unitarios en 1831, que derivaron en la disolución de la Liga del Interior; o bien, de las desastrosas batallas de Famaillá (Tucumán) y Rodeo del Medio (Mendoza), en 1841, que hicieron añicos a la Coalición del Norte y la Legión Libertadora de Lavalle. Para mayores precisiones sobre el unitarismo y sus vicisitudes en las guerras civiles rioplatenses, véase Ignacio Zubizarreta, *Unitarios. Historia de la facción política que diseñó la Argentina moderna*, Bs. As., Sudamericana, 2014.

³⁷ Mayer parece hacer alusión al gobierno del caudillo colorado Venancio Flores, cuya política de conciliación con los blancos no agradó al sector más intransigente de su partido: los colorados *conservadores*.

³⁸ La llamada *Rebelión de los Conservadores*, que no estalló en 1854 como afirma Mayer, sino en 1855 (agosto).

regimientos de la Guardia Nacional de Montevideo, la capital de la república. La revolución fue aplastada, y los instigadores fueron desterrados para siempre del país.³⁹ En ese momento, hubo tres batallones de negros que rogaron a sus jefes que les permitieran acompañarlos a su destierro. Sus comandantes consintieron. Vinieron a Buenos Aires, y siempre han sido devotos a sus principios, y ayudaron a sus jefes a intentar derrocar el gobierno despótico de su país en 1857, desdichada expedición donde la mayor parte del ejército de la libertad pereció por el filo lacerante de la espada del enemigo.⁴⁰

He tenido algunos de estos soldados negros, y los he conducido a la lucha. Ojalá quiera Dios que yo pueda volver a obtener el mando sobre soldados como esos. Sé que aun si no fueran victoriosos, ¡al menos nunca abandonarían el campo sin honrar nuestras armas y bandera!

BARCALA

En una carta ulterior, el mayor Mayer ofrece el siguiente reporte de un célebre jefe negro cuya fama sobrevive en la República Argentina de modo similar a la de Toussaint Louverture⁴¹ en Santo Domingo. Junto al valiente coronel Barcala, otros negros se han distinguido en las guerras de Sudamérica. Borros, el historiador portugués de Brasil, dice que en su opinión los soldados negros son preferibles a los suizos, quienes en su día fueron considerados la mejor infantería del mundo.⁴² De hecho, uno de los personajes más distinguidos de la historia brasileña es Henrique Diaz, un negro, que de esclavo se convirtió, como Barcala, en coronel de un regimiento de soldados de su mismo color. En 1637, al frente de sus soldados, les arrebató a los holandeses el fuerte y la ciudad de Recife.⁴³ En 1645, en una de sus batallas, una bala destrozó su mano izquierda. Para evitar el retraso de curar la herida, hizo que se le amputara en el acto, diciendo que cada dedo de su diestra valía en batalla la totalidad de su zurda. El historiador Meneses⁴⁴ elogió su consumada habilidad, y la devoción e intrepidez de sus seguidores:

Deseas saber más del coronel Barcala, cuyo nombre has visto en la carta que escribí. Sé perfectamente bien que tu interés en él no es una mera curiosidad ociosa, sino que nace de tu profundo amor por la buena causa, y de tu anhelo de poner en acción lo que podría contribuir de algún modo a elevar a la raza negra oprimida.⁴⁵

³⁹ En realidad, la «revolución» resultó exitosa: Flores renunció. El destierro de los colorados *conservadores* al que apunta el autor ocurrió, en efecto. Pero algún tiempo después, a comienzos de 1856, cuando su líder, el general César Díaz, perdió las elecciones presidenciales frente al candidato blanco Gabriel Antonio Pereira. La extrema inestabilidad política del Uruguay decimonónico –por momentos una vorágine de caos– le jugó una mala pasada a Mayer, quien –como él mismo se excusa en su otra carta– no tenía a mano fuentes que le permitieran refrescar su memoria, por hallarse tan lejos del Río de la Plata.

⁴⁰ Mayer se refiere a la *Hecatombe de Quinteros*: la desastrosa expedición del general Díaz al Uruguay desde Buenos Aires, contra el gobierno blanco de Pereira. Los expedicionarios fueron vencidos, y muchos de ellos (se estima que un centenar y medio) masacrados sin miramientos en cautiverio. Este hecho luctuoso no sucedió en 1857, como afirma Mayer, sino en 1858.

⁴¹ Político y militar afrocaribeño de Saint-Domingue, nacido en 1743 y fallecido en 1803. Lideró la gran insurrección de esclavos que estalló en esta colonia francesa hacia 1791, la cual, luego de asegurar la abolición de la esclavitud, derivó en una revolución independentista exitosa, la primera de toda América Latina.

⁴² Curtis cometió una errata. No es “Borros”, sino Barros. João de Barros (1498-1590), el *Tito Livio portugués*, es el primer historiador lusitano de fuste. Vivió un tiempo en el Brasil, y escribió sobre él. Durante su tiempo (siglo XVI), los mercenarios suizos, con sus largas picas, seguían siendo considerados por muchos la mejor infantería del mundo occidental, aunque los tercios españoles –mejor adaptados a las nuevas tácticas de combate con armas de fuego– ya habían empezado a disputarles seriamente su primacía, que se remontaba a la Baja Edad Media, cuando la pólvora no había revolucionado aún el arte de la guerra.

⁴³ Henrique Dias fue un miliciano afrobrasileño liberto del siglo XVII, oriundo de Pernambuco, que desarrolló una brillante carrera militar como soldado y oficial. Cuando Holanda invadió el Nordeste del Brasil, Dias se enroló como voluntario en las fuerzas portuguesas de Albuquerque que luchaban contra la ocupación, convirtiéndose en uno de los grandes héroes de la Insurrección Pernambucana de 1645-54, en la cual llegó a comandar como maestro de campo (rango equivalente a coronel) el Tercio de Negros y Mulatos del Ejército Patriota. Descolló en las decisivas batallas de los Guararapes (1648 y 1649), recibiendo en recompensa el título nobiliario de hidalgo. En su breve panegírico, Curtis omite un dato biográfico comprometedor: Dias intervino también en la represión de los *quilombos*, las comunas clandestinas creadas por la esclavatura que se había fugado de las plantaciones.

⁴⁴ No sabemos a qué Meneses se refiere Curtis. ¿El cronista y marino portugués Manuel de Meneses? No podría ser, porque falleció en 1628, dos años antes de que Holanda invadiera el Brasil, hecho detonante de la Insurrección Pernambucana donde actuó Dias. Probablemente Curtis se haya confundido de autor. Meneses sí escribió sobre la primera invasión holandesa al Brasil: la de 1624-25, a la capitania de Bahía.

⁴⁵ Mayer sabía que Curtis era partidario de Lincoln y abolicionista, y que apoyaba con fervor –como él– la creación de las USCT.

Piensas que podría ser útil e interesante conocer algo de este compatriota mío, un hombre eminente por sus talentos, virtudes y acciones heroicas. Bien, entonces te haré un bosquejo de ese negro, tan noble y valiente como el Bayard de Francia⁴⁶. Solo temo que ese bosquejo será imperfecto, porque estoy lejos de quienes podrían darme datos, y debo depender solamente de mi memoria. Pero los pocos detalles que puedo relatarte de este mártir de la libertad te permitirán hacerte un juicio de él.

El coronel Barcala nació en la ciudad de Mendoza, donde sus padres eran esclavos. El propietario de su amado negrito, viéndolo tan inteligente, le dio una buena educación.⁴⁷ La guerra de Independencia revolucionó la sociedad del virreinato de Buenos Aires,⁴⁸ y cuando el primer congreso se reunió, en 1815, declaró libres a todos aquellos que nacieran después de ese día en la República Argentina, y también prohibió la introducción de esclavos.⁴⁹ El amor a la libertad inspiró los corazones de la mayoría de los ciudadanos, quienes dieron inmediatamente la libertad a sus negros, reclamándolos solo para ayudar a mantener la libertad e independencia de la nueva república.⁵⁰

Muchos negros marcharon hacia los campamentos y se ofrecieron como soldados, entre ellos Barcala. Fueron organizados en batallones con oficiales blancos.⁵¹ El general San Martín cruzó con ellos los Andes, la más espléndida hazaña de la historia militar de Sudamérica, y combatieron en la memorable batalla de Chacabuco, tan desastrosa para los españoles. En esta batalla, Barcala fue ascendido a cabo por su distinguida gallardía.⁵²

Poco tiempo después el ejército emancipador fue sorprendido en la noche, y, desafortunadamente, casi todos se dispersaron.⁵³ El cabo Barcala fue ascendido a sargento por la actividad e inteligencia que desplegó en esta ocasión.⁵⁴ Siete días después,⁵⁵ el ejército español fue atacado, para su gran sorpresa, en el campo de Maipú, por el ejército que creían haber destruido en la reciente acción, y que ahora se reducía a un tercio del número del enemigo.

⁴⁶ Pierre Terrail de Bayard (1476-1524). Fue un noble y militar francés del período renacentista, que adquirió gran notoriedad por su bravura y heroísmo en las guerras de Italia: la defensa del puente de Garellano, la batalla de Marignano, etc. Se trata del personaje histórico que dio origen a la leyenda del «caballero sin miedo y sin tacha», canto del cisne de la nobleza feudal tardomedieval en Europa.

⁴⁷ En su relato sobre Barcala, Mayer parece basarse en Sarmiento, quien habló elogiosamente del oficial mulato mendocino –aunque con varias imprecisiones biográficas– en *Facundo* y *Vida de Aldao*, libros publicados en 1845. Recientemente, Orlando Gabriel Morales y Luis César Caballero demostraron con evidencias documentales que el oficial mulato mendocino nació libre, y que su patrón, el criollo Cristóbal Barcala, escribano del Cabildo de Mendoza entre 1797 y 1821, fuese probablemente su padre biológico y –como se decía en la época– *de crianza*. Véase “Lorenzo Barcala: ¿esclavo, «hijo de la Revolución» y «civilizador de masas»? Una discusión de las mitificaciones historiográficas de los afroargentinos”, en *Tiempo Histórico*, n° 16, Santiago de Chile, enero-junio de 2018, pp. 39-59.

⁴⁸ El Virreinato del Río de la Plata era llamado alternativamente *Virreinato de Buenos Aires*, incluso en documentos oficiales españoles del período colonial.

⁴⁹ La proclamación de la libertad de vientres y la prohibición de la trata exterior de esclavos son disposiciones que datan de 1813, no de 1815. Fue la Asamblea del Año XIII, y no el Congreso de Tucumán (que recién empezó a sesionar en 1816), el órgano legislativo que las aprobó.

⁵⁰ Mayer romantiza en exceso el proceso revolucionario. No pocas familias de la élite criolla –realistas y no realistas– se negaron a manumitir y/o donar a sus esclavos, por lo que las autoridades patriotas debieron recurrir al rescate y la confiscación para poder engrosar la infantería con libertos negros y mulatos. Aun así, buena parte de la esclavatura no fue alcanzada por la emancipación de guerra. En el Cuyo sanmartiniano que se aprestaba para el Cruce de los Andes, donde las levadas de afrodescendientes resultaron más masivas que en cualquier otra región del Río de la Plata, un tercio de los esclavos permanecieron en su estatus. Por lo demás, la libertad del liberto no era inmediata, automática, sino supeditada al cumplimiento de un largo, penoso y riesgoso servicio militar fuera del país, del que muchos nunca regresarían, o regresarían inválidos.

⁵¹ No siempre. De hecho, como bien explica uno de los historiadores ya mencionados, “las tropas de pardos y morenos libres del ejército revolucionario eran comandadas en gran parte por hombres de color” (no así los batallones de libertos, de esclavos recientemente manumisos, donde predominaba abrumadoramente la oficialidad blanca). “Parece haber sido una regla tácita que a ningún afroargentino se le podía permitir que llegara al rango de general, pero al menos once se elevaron al grado de coroneles o tenientes coroneles”, entre ellos Barcala. “Si bien muchos afroargentinos se elevaron al rango de oficiales en las fuerzas armadas, el paso entre coronel y general resultaba una barrera infranqueable, y el número de negros y mulatos que se convirtieron en oficiales de ningún modo era proporcional a su representación en el ejército”. Andrews, *op. cit.*, pp. 156-157, 152-153 y 70.

⁵² Aquí es donde Mayer, confundido, más se aparta de la verdad histórica: Barcala no acompañó a San Martín en el Cruce de los Andes. Por orden suya permaneció en Cuyo como instructor de las tropas patriotas, en el Cuerpo de Cívicos Pardos de Mendoza. Su rutilante carrera militar la hizo en las guerras civiles y la guerra contra el Imperio del Brasil, no en la guerra de Independencia.

⁵³ Mayer alude aquí, sin dudas, a la derrota de Cancha Rayada, ocurrida el 19 de marzo de 1818.

⁵⁴ Id. nota 52.

⁵⁵ No siete, sino diecisiete días después (la batalla de Maipú aconteció el 5 de abril de 1818).

La batalla de Maipú fue una de las más sangrientas y desesperadas de todas las que libraron los españoles en el continente sudamericano, y al perderla, perdieron la posesión de Chile. En esa batalla los batallones negros⁵⁶ hicieron proezas similares a aquellas que distinguieron a los regimientos de Rhode Island bajo el mando del general Burnside en Antietam⁵⁷.

Por su desempeño en la batalla, Barcala fue ascendido a teniente. Fue el primer oficial negro en nuestro ejército,⁵⁸ y tenía para esa época tres condecoraciones en su pecho.

Batallando constantemente, sin tregua, el ejército emancipador siguió a los españoles a Bolivia y Perú.⁵⁹ Retornó a Buenos Aires en el año 1823.⁶⁰ Barcala había hecho ocho años de continuas campañas, y cuando regresó a su patria, de la que se había ido como soldado raso, lo hizo como coronel de un regimiento, cubierto de gloria, con 15 condecoraciones, y con el amor y la estima de todo el ejército.⁶¹

Téngase en cuenta que los comandantes y oficiales del ejército provenían de los sectores más notables y selectos de la sociedad, precisamente para poder apreciar el mérito de Barcala, un esclavo negro emancipado,⁶² quien se elevó tan alto en su rango debido a sus talentos, heroísmo, conocimientos y virtudes.

En la guerra contra el Brasil, en 1825, tú conoces la talla de lo que hizo, porque has leído la carta que te he escrito.

En 1828 estalló nuestra guerra civil,⁶³ y Barcala, como todos los negros, estuvo con el partido de la libertad.⁶⁴ El ejército liberal, estando en la provincia de Córdoba, libró la batalla de La Tablada, bajo el mando del general Paz (el único general sudamericano que no ha perdido una batalla, a pesar de que luchó muchas y muy notables, entre ellas esta, la más sangrienta en la historia sudamericana), contra el general Facundo Quiroga, el Atila argentino.⁶⁵

Tras dos días de lucha, durante los cuales se desplegó, de un lado, mayor estrategia y valor, y del otro, mayor impetuosidad en las furiosas cargas de caballería, y mayor tenacidad, el general Paz se mantuvo como dueño del terreno; y en la orden general que dio el día siguiente, ensalzó el conocimiento y talento

⁵⁶ Batallones 7° y 8° de los Andes, y también el batallón chileno Infantes de la Patria.

⁵⁷ Antietam (Maryland, 17 de septiembre de 1862) fue la primera gran batalla de la guerra de Secesión librada en territorio de la Unión. Fue muy cruenta: más de 3.600 muertos. No tuvo un resultado concluyente. Las tropas sudistas del general Lee se replegaron a Virginia sin ser hostigadas por las fuerzas nordistas de McClellan, demasiado cauteloso. Detenido el avance confederado, Lincoln se sintió en una posición lo suficientemente fuerte como para lanzar, pocos días después, la Proclama de Emancipación. En la batalla de Antietam tuvo una actuación sobresaliente el mayor general Ambrose Burnside (bando unionista), al frente del Noveno Cuerpo del Ejército del Potomac.

⁵⁸ Mayer exagera. Antes de Barcala, hubo otros oficiales afrodescendientes en las fuerzas patriotas rioplatenses. Por ej., el mulato brasileño Agustín Sosa, del Regimiento de Pardos y Morenos de Buenos Aires. Luchó en las Invasiones Inglesas –donde obtuvo el grado de teniente coronel– y en muchas campañas de la guerra de Independencia: expediciones al Paraguay, a la Banda Oriental y al Alto Perú.

⁵⁹ Las tropas rioplatenses que acompañaron a San Martín a Chile, se embarcaron luego con él hacia Perú. Esto es exacto. Lo que no es exacto es que ulteriormente hayan marchado con Sucre al Alto Perú. Desde Perú, los últimos remanentes –ínfimos en número– retornaron al Río de la Plata vía Chile.

⁶⁰ En realidad, la repatriación desde Perú de los últimos soldados rioplatenses de San Martín –los pocos granaderos que habían sobrevivido a tantas batallas de la Independencia sudamericana– fue por tandas. Lavalle y otros oficiales regresaron a Buenos Aires hacia 1823, luego de la desastrosa campaña de Puertos Intermedios. Un remanente bastante mayor, encabezado por el coronel Bogado, lo hizo en 1826, luego de combatir en Junín y Ayacucho a las órdenes de Sucre.

⁶¹ Id. nota 52.

⁶² Mayer vuelve aquí a hacerse eco de un error biográfico de Sarmiento, que muchos otros han reproducido hasta hoy: que Barcala nació esclavo, y que obtuvo la libertad *a posteriori*, con la presunción tácita de que su manumisión estuvo asociada al proceso revolucionario iniciado en 1810, y apuntalado por la gobernación cuyana de San Martín (donaciones, rescates y confiscaciones de esclavos como reclutas del Ejército de los Andes). Véase Morales y Caballero, *op. cit.*, nota 47.

⁶³ Se refiere a la segunda guerra civil entre unitarios y federales, tras el fusilamiento de Dorrego (1828). Las provincias de la Liga del Interior se enfrentaron a las signatarias del Pacto Federal. La guerra concluyó con la victoria federal de La Ciudadela (1831), donde las huestes de Quiroga hicieron trizas al ejército de Lamadrid.

⁶⁴ El partido unitario. Mayer falta a la verdad cuando dice que toda la población afroargentina simpatizaba con el unitarismo. *Vid.* nota 35.

⁶⁵ La batalla de La Tablada se libró en las afueras de la ciudad de Córdoba, los días 22 y 23 de junio de 1829. Fue muy cruenta, es cierto: mil muertos. Pero Mayer exagera mucho al decir que fue la más sangrienta de toda la historia sudamericana. Varias batallas de la Independencia igualaron o superaron esa cifra. Algunas, incluso, la duplicaron, como Maipú y Ayacucho. De hecho, muchas otras batallas de las guerras civiles rioplatenses provocaron una mortandad mayor: Arroyo Grande, Caseros, Pavón...

de su jefe del estado mayor, y declaró que le debía la mayor parte de la victoria. El jefe del estado mayor del general Paz –el más estratega e instruido de todos los generales sudamericanos, y el más austeramente parco en elogios– era el coronel Barcala.

Te relataré dos o tres sucesos que echen un poco de luz sobre su carácter.

Estando el ejército liberal en la ciudad de Córdoba, la alta sociedad de la ciudad ofreció un grandioso banquete a los comandantes y oficiales. En los batallones negros había algunos oficiales con grado de coronel, quienes habían sido promovidos por sus méritos. Ahora bien: ninguno de estos oficiales iría al banquete, pero agradecieron sinceramente la invitación. Hace dos años, conocí a uno de esos oficiales; y cuando le pregunté por qué razón habían declinado la invitación, me dijo: *“en el ejército sabíamos bien lo que éramos como oficiales, pero también conocíamos nuestra posición en la sociedad, porque así nos lo enseñó nuestro coronel Barcala”*. Porque, habiendo sido esclavos, carecían, por supuesto, de una gran cultura.

Pocos días después de esto, se le ofreció un baile a los generales y comandantes. Era costumbre abrir estos bailes con un minué en el que intervenían el comandante general y su jefe de estado mayor. El coronel Barcala, quien, por orden de su general, estaba presente, y se hallaba en las habitaciones adyacentes, no quiso entrar al salón a bailar, diciendo que no sabía cómo hacerlo. Entonces, una de aquellas damas designadas para bailar el minué, a la que conozco, y quien, hoy avanzada en años, preserva el aire aristocrático que era característico de sus modales, se le acercó y dijo: *“te guiaré; ahora ya no te negarás a bailar”*. Barcala bailó con toda la gracia y libertad de un cortesano. El minué terminó, él se retiró del salón y se marchó. Luego le dijo a esta dama: *“aunque trataste de honrarme, realmente me mortificaste”*.⁶⁶

Poco después, cayó en manos de Quiroga (un famoso bandolero)⁶⁷, quien ordenó que fuese fusilado. Pero media hora antes del tiempo indicado, Quiroga ordenó que se lo trajeran y le preguntó:

—¿Qué hubieras hecho conmigo si me hubieras tomado prisionero?

Hubiera ordenado que te colgaran en el primer árbol, porque no mereces ser fusilado.

Coronel Barcala, lo dejaré en libertad si entra a mi servicio.

El coronel Barcala –le replicó– no se degradará sirviendo a los líderes de la barbarie.

Y Quiroga, el feroz Quiroga, rendido ante la nobleza de este hombre, le dio la libertad; y esta fue la primera y última vez que él le concedió la vida o libertad a un enemigo.⁶⁸

Pero a Barcala le estaba reservado el destino del mariscal Ney⁶⁹. En un viaje de Mendoza a Chile⁷⁰ fue capturado por el fraile general Aldao. Ordenó que fuera fusilado, y Barcala solo pidió permiso para dar la

⁶⁶ Al contar esta anécdota del modo en que la cuenta, Mayer deja en evidencia, sin proponérselo, que no era inmune a los prejuicios raciales de su tiempo. De ser verídica, ella demostraría también que Barcala había asimilado –parcialmente al menos– el racismo de la élite criolla, algo no infrecuente entre las personas afrodescendientes, especialmente en el caso de la minoría mulata de clase media, particularmente expuesta a lo que se denomina *síndrome del Tío Tom*.

⁶⁷ Esta criminalización de Quiroga sin sutilezas, con rencor faccioso, constituye otra muestra más del influjo sarmientino en el pensamiento de Mayer.

⁶⁸ Mayer se equivocó en demasía, o no pudo resistirse a la tentación de «novelar» la historia para llevar agua a su molino: el oficial mulato Barcala como héroe-mártir impoluto –sin claudicaciones, sin pragmatismos– de la causa unitaria. Porque lo cierto es que, a cambio del indulto, Barcala sí aceptó ser el edecán de Quiroga, y en 1833 se lo vio participar en la Campaña al «Desierto» de Rosas, a las órdenes del comandante federal José Ruiz Huidobro. Fue fiel al *Tigre de los Llanos* mientras este vivió, por gratitud o necesidad. Y cuando Quiroga, su poderoso protector, fue asesinado en Barranca Yaco, Barcala debió marcharse raudamente de Mendoza a San Juan, para no caer en las garras de Aldao, quien lo tenía entre ceja y ceja desde hacía mucho tiempo. Pero desde su exilio, Barcala comenzó a conspirar contra el caudillo federal mendocino, y habiendo sido descubierto el complot, el gobierno sanjuanino lo extraditó. De vuelta en la provincia de Mendoza, fue juzgado y condenado a la pena capital. Murió fusilado el 1° de agosto de 1835.

⁶⁹ Michel Ney, *el Rubicundo* (1769-1815). Fue un célebre militar francés que combatió en las guerras de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, con actuaciones rutilantes (Neuwied, Eylau, Borodinó, etc.) que le cimentaron un ascenso meteórico en el escalafón del Ejército, hasta convertirse en Mariscal de Francia, cúspide de la gloria marcial. Su intrepidez, pericia, carisma y proezas lo volvieron inmensamente popular entre los soldados y oficiales de la *Grande Armée*, y merecieron el aprecio y los elogios del

orden de fuego a aquellos que debían dispararle. Cuando lo trajeron de prisión, apareció vestido con su uniforme de gala, y con sus diecisiete condecoraciones. Y con voz nítida y fuerte les dijo a quienes estaban alrededor las siguientes palabras, muy notables y difíciles de olvidar: “*moriré con la única pena de ver a mi patria oprimida por tiranos*⁷¹; pero moriré con la satisfacción de que mi nombre será recordado en la historia argentina; y así como la Cristiandad atesora la memoria de sus mártires, así la libertad recordará a aquellos de sus hijos que se han sacrificado por ella”. Después de esto, exclamó “*¡Viva la República Argentina libre de tiranos!*” y, con perfecta confianza, ordenó a los rifleros que hicieran fuego.

El coronel Barcala es uno de los personajes más bellos de la historia argentina, la historia más heroica de Sudamérica. Sus últimas palabras se hicieron realidad. Ningún tirano doméstico o extranjero profana la tierra que él amó tan bien,⁷² y todo argentino libre atesora la memoria de Barcala.

Consideraciones finales

Las opiniones antiesclavistas de Mayer, igual que su apasionada defensa del enrolamiento de afroamericanos para la causa unionista, son las de un liberal decimonónico que, al menos en teoría, intentó hacerse cargo de los principios ilustrados de libertad, igualdad y fraternidad proclamados por la Revolución Francesa, la Independencia norteamericana y la Revolución de Mayo, y también por la Constitución argentina del 53 y el gobierno republicano de Lincoln. La pregunta que se impone, entonces, sería la siguiente: ¿qué tan consecuente fue Mayer en sus cartas al *Harper's Weekly*? Aquí se presume que, más allá de todo interés particular o afán pragmático de índole profesional (algo que parece innegable), el oficial rioplatense también actuó *con arreglo a valores* ético-políticos sinceros. Pero, ¿fue coherente? La respuesta al interrogante es: *no del todo*. Su apología de los soldados negros y mulatos no está exenta de sesgos racistas, eurocéntricos y paternalistas, como ya se ha constatado.

En las cartas de Mayer aflora con mucha fuerza un tópico no menor de la retórica sarmientina, que reaparecerá con frecuencia en la Historia oficial de Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y otros cronistas laureados de la república liberal parida *–manu militari–* en Caseros y Pavón: el tópico de los afroargentinos como *héroes-mártires de la Revolución*, uno de los mitos fundantes de la nación argentina. De acuerdo con esta leyenda rosa, los esclavos habrían alcanzado unánimemente *–merced al proceso independentista iniciado en mayo de 1810–* la ansiada libertad e igualdad, asumiendo su enrolamiento en los ejércitos patriotas siempre con gratitud, valentía y abnegación, nunca como una imposición o un salvavidas de plomo. Su mortandad en las sucesivas conflagraciones de «su» patria (guerra de Independencia, guerra contra el Brasil, guerras civiles contra la «barbarie del caudillaje», etc.) sería el tributo que habrían de pagar por el beneficio de haberse sacudido el yugo de la esclavitud.

Hoy sabemos que las cosas no fueron tan idílicas: la Asamblea del Año XIII proclamó la libertad de vientres y prohibió la trata exterior, pero la esclavitud no fue abolida y la trata dentro de las Provincias Unidas siguió

propio Napoleón (cuando no lo desafiaba ni desobedecía, algo que sucedía a menudo). Caído en desgracia luego de Waterloo, y habiéndose consumado en Francia la restauración monárquica de los Borbones, Ney fue juzgado por traición y condenado a muerte. Llevado al paredón, se negó altivamente a que le vendaran los ojos y pidió que se le dejara dar la orden de fuego al pelotón. Concedido este último deseo, exclamó antes que lo fusilaran: “¡Soldados, rechazo ante Dios y ante la Patria el juicio que me condena! He luchado cien veces por Francia y nunca contra ella. Apelo ante los hombres, ante la posteridad, ante Dios. Apuntad directo al corazón. ¡Viva Francia!”.

⁷⁰ No hubo tal viaje. Barcala estaba en San Juan y fue extraditado a Mendoza. Véase nota 68.

⁷¹ Los «tiranos» en cuestión eran, claro está, los caudillos federales Juan Manuel de Rosas –líder de la Confederación Argentina– y José Félix Aldao –gobernador de la provincia de Mendoza–.

⁷² Es claro aquí el guiño a Caseros (1852) y Pavón (1861), fin de las «tiranías» federales de Rosas y Urquiza. Recuérdese que Mayer creció en un hogar fervientemente unitario, y que combatió para el bando porteño en la segunda de dichas batallas, igual que en Cepeda (1859).

siendo un negocio legal. El principio de *suelo libre* fue pronto restringido: por presión de Brasil, los esclavos fugitivos que cruzaran la frontera, deberían ser devueltos a sus propietarios brasileños; y aquellos que ingresaran al país no como cargamento de buques negreros, sino acompañando a sus amos como personal de servicio, no tendrían derecho a la emancipación. Además, solo una parte de la esclavatura fue reclutada por los ejércitos patriotas, consiguiendo por ese conducto la manumisión. Apagadas las últimas brasas revolucionarias, la trata con el extranjero volvió a ser permitida. Añádase que el estatus legal de liberto no equivalía al de «ingenuo» o *ingenuus* (nacido libre). Era una categoría intermedia entre la esclavitud y la plena libertad, a la sombra del odioso *patronato*, un régimen de semiesclavitud transitoria que podía extenderse por varios o muchos años. Por lo demás, los prejuicios y las discriminaciones racistas persistieron durante todo el siglo XIX (y más allá), aun después de que la Constitución del 53 declarara abolida la esclavitud en su art. 15, y de que Buenos Aires hiciera suyo ese precepto (1860). Persistieron en todos los ámbitos, incluso en las fuerzas armadas, donde la segregación racial de las tropas –vieja herencia colonial– continuó siendo una práctica generalizada durante las guerras civiles, igual que la tendencia de relegar a los *pardos* y *morenos* en la infantería, la infrarrepresentación de los hombres «de color» en la oficialidad y el *techo de cristal* en los ascensos: ningún oficial afroargentino pasaba de coronel (el generalato estaba, *de facto*, reservado a los militares blancos). Los afrodescendientes *ingenuos* no podían votar, a menos que sus padres también hubieran nacido libres.⁷³

Todo esto es muy cierto, y las cartas de Mayer al *Harper's Weekly* constituyen un buen botón de muestra. También parece advertirse en ellas otra reminiscencia sarmientina: la opinión –implícita más que explícita– según la cual la *plebe* afrodescendiente de las Américas era parte de la «civilización» en la medida que supiera aceptar la tutela moral de sus antiguos amos, que renegara de su etnicidad ancestral («supersticiones», «vicios», «vulgaridades», etc.), y abrazara *in totum* los valores y las costumbres de una civilidad ilustrada que se confunde tácitamente con la cultura de la burguesía blanca (como por ejemplo, en el relato de Mayer, la destreza para bailar un vals o comportarse con galantería). La libertad e igualdad, la ciudadanía, solo resultaban accesibles a las personas «de color» si estas optaban por la *asimilación*, por la aculturación. Mayer no lo dice expresamente, pero lo da a entender entre líneas.

Jamás alude a ningún aspecto *étnico* de la afrodescendencia. Solo ve en ella dos cosas: por un lado, una *condición racial*, que se manifiesta principalmente en la tez de la piel; y por otro, una *experiencia histórica de esclavitud* que, más allá de toda iniquidad, les otorgaría a sus víctimas –según su parecer– una superior capacidad (disciplina, resistencia, etc.) para combatir en el arma de infantería, como ya argumentaran, entre otros, el general San Martín, una opinión que podría ser impugnada –o al menos discutida– como prejuicio o estereotipo de *racismo benevolente*⁷⁴, de modo análogo a lo que sucede hoy con los elogios al presunto

⁷³ En relación con la crítica del mitologema épico de los afroargentinos como paladines y mártires de la patria naciente (el cual está muy ligado, desde luego, al mitologema trágico del *blaqueamiento* durante la guerra del Paraguay y las epidemias de fiebre amarilla en Buenos Aires, *vid.* Morales y Caballero, *op. cit.*, nota 47. Véase asimismo Lea Geler, “¡Pobres negros!”. Algunos apuntes sobre la desaparición de los negros argentinos”, en Pilar García Jordán (ed.), *Estado, región y poder local en América Latina, siglos XIX-XX*. Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2007. Con respecto a la Argentina del “tiempo de los libertos”, la semiesclavitud del patronato y la persistencia de la discriminación racial aun en el caso de los afrodescendientes «ingenuos», el libro más completo y actualizado es el de M. Candiotti, *Una historia de la emancipación negra*, *ob. cit.*, *passim*.

⁷⁴ *Vid.* Rashed Araeen, “The Art of Benevolent Racism”. En *Third Text*, n° 51, verano de 2000, pp. 57-64. Aunque el intelectual pakistaní se refiere al campo artístico posmoderno, su concepto de *racismo benevolente* no deja de tener cierta validez general, pudiendo ser extrapolado a otros contextos histórico-culturales, como el que aquí nos ocupa. Cito el pasaje más relevante de su artículo: “William Macpherson dice que la ‘discriminación’ es realizada a través de ‘estereotipos racistas’, por lo que representa algo negativo y malévol; y, por lo tanto, algo que ‘perjudica a las minorías étnicas’. Lo que no menciona o discute es que esa discriminación también ocurre a través de otra forma de estereotipo, que es ‘positivo’ y benevolente. No se lo ve como discriminación porque parece no generar una desventaja. Por el contrario, el estereotipo ‘positivo’ es especialmente colocado en una posición ventajosa para ser admirado y celebrado, lo que beneficia a él o ella y le da un sentido de (falso) logro. El estereotipo ‘positivo’ se basa en una fascinación por la diferencia de quienes se consideran *outsiders*: ‘Ellos no son como nosotros; por lo tanto, no pueden hacer lo que hacemos. Pero debemos admirar y valorar lo que hacen dentro de sus propias culturas, ya que son parte de nuestra sociedad’” (p. 59). La traducción es mía. Aclaremos al pasar que existen personas y grupos humanos con ventajas físicas

talento «innato» de las personas negras para el básquet u otros deportes (talento que, desde luego, no se les reconoce en otras disciplinas, como el ajedrez o la ciencia, implícitamente asociadas con la «raza blanca»). Para Mayer, los negros y mulatos son *soldados de la patria* y nada más, vale decir, *ciudadanos en armas* abstraídos de toda identidad o filiación étnicas, sin candombe, sin carnaval, sin cofradía de San Baltasar, sin *naciones* (Congo, Cambundá, Benguela, Lubolo, Angola, etc.), sin culto a las ánimas, sin charanda, sin sociedades de socorro mutuo, sin periódicos comunitarios, sin conciencia ni lazos de minoría diaspórica, sin intereses de clase en tensión con la tradición republicana liberal de Mayo-Caseros... Son afrodescendientes *blanqueados*.

Pero quizás estemos juzgando con excesiva severidad a Mayer. Su vivo interés por la música popular rioplatense,⁷⁵ y su apertura mental a reconocer la raigambre africana de la misma, nos podrían estar hablando de un criollo patricio que no fue tan cerrilmente hostil ni indiferente a la cultura de la plebe negra y mulata. En su obra *El intérprete musical* (1888), un extenso diccionario técnico consagrado al arte de los sonidos y su terminología –libro muy estudiado, dicho sea de paso, por quienes han investigado la historia de la música popular argentina–, Mayer nos dejó una de las definiciones más antiguas que se conocen sobre el tango, y una de las primeras formulaciones de la tesis *africanista* respecto a la génesis de este género: “Canción y baile originado por los negros esclavos de la América Española. La música es de compás 2/4 y el baile se divide en dos partes”⁷⁶. Como es sabido, la musicología siempre ha debatido la genealogía del tango, *vexata quaestio* si las hay. En el marco de esa controversia, nunca faltaron aquellos que minimizaron la crucial importancia del sustrato negro-mulato (candombe, milonga, etc.), desde perspectivas eurocéntricas muy sesgadas (teorías unilateralmente criollistas, hispanistas o inmigracionistas).⁷⁷ A la luz de todo esto, puede apreciarse mejor la valía de la tesis *africanista* defendida por Mayer, de la cual fue un precursor, o uno de sus pioneros.

Aun con sus limitaciones y contradicciones ideológicas, aun con su racismo benevolente y su paternalismo «civilizador» frente a la plebe negra y mulata (que tanto nos recuerdan al pensamiento de su amigo Domingo Faustino Sarmiento y otros unitarios o liberales del siglo XIX), lo cierto es que Edelmiro Mayer rompió lanzas, como militar y como periodista, por la causa abolicionista y la utopía de una «ciudadanía en armas» interracial, en un tiempo donde la mayoría de los americanos blancos de ambos hemisferios todavía defendían encarnizadamente la esclavitud y la desigualdad de razas, o no hacían nada para erradicarlas del continente. Sería un anacronismo histórico no reconocerle al subalterno argentino del presidente Abraham Lincoln, al oficial rioplatense de las USCT, ningún crédito por su lucha contra la *esclavocracia* en la guerra de Secesión, y contra la exclusión de los afrodescendientes en el Union Army. Lucha marcial, en los campos de batalla donde miden sus fuerzas los ejércitos, pero también intelectual, en esa otra forma de *polemos* que siempre –desde la Grecia antigua cuanto menos– ha sido la polémica, la confrontación de ideas a través de las palabras.

innatas –de base genética– que son objetivamente ciertas, como se evidencia, por ejemplo, en algunos deportes olímpicos. Reconocer esta verdad científica no constituye, *per se*, racismo, como plantean, por ejemplo, muchos académicos posmodernistas o decoloniales. Pero es evidente que, en no pocos casos, tales ventajas «raciales» son inventadas o exageradas culturalmente desde premisas racistas, ya se trate de prejuicios malevolentes o benevolentes. El uso masivo de soldados negros y mulatos como «carne de cañón» en las guerras decimonónicas, alegando una superioridad física «innata» como infantería (y una *tácita* «incapacidad natural» para la caballería), claramente se trata de un caso de racismo benevolente.

⁷⁵ Mayer era melómano. Estudió música en su infancia y adolescencia, y cosechó cierta notoriedad como guitarrista y pianista aficionado tocando en fiestas, bailes y otras reuniones sociales. Durante su madurez, ya repatriado y retirado de su carrera militar, llegó a participar en conciertos de profesionales, por ej., el que dio su amigo Clementino del Ponte –un célebre pianista italiano– en el salón Coliseum, allá por noviembre de 1879. Incurrió en el periodismo musical, la enseñanza musical y la musicología, publicando artículos y libros, entre ellos *El intérprete musical* –que acabamos de citar– y su *Plan progresivo y completo de enseñanza del piano* (1884) para la Escuela de Música de Buenos Aires, institución de la cual fue directivo. Vid. Pola Suárez Urtubey, “La musicografía después de Caseros (II)”, en *Revista del Instituto de Investigación Musicológica Carlos Vega*, n° 7, 1986, pp. 51-52 y 72-73.

⁷⁶ Cit. en Ricardo Horvath, *Esos malditos tangos: apuntes para la otra historia*, Bs. As., Biblos, 2006, p. 172.

⁷⁷ Véase Omer Freixa, “La herencia africana del tango”, en *Todo es Historia*, n° 625, dic. 2019, pp. 44-51.

POST SCRIPTUM

Tras la guerra de Secesión, luego del magnicidio y funeral de Lincoln, su hijo Robert, quien era abogado como su padre, le propuso a Mayer que se fuera con él a Springfield (Illinois), su ciudad natal, para trabajar juntos en el estudio jurídico que alguna vez fuera de Abraham Lincoln, y que este pensaba reabrir cuando terminara su presidencia. Pero el teniente coronel Mayer prefirió continuar su carrera en el Ejército de EE.UU., y fue enviado a Brownsville, sur de Texas, en la frontera con México, donde se temía una agresión francesa.

Recuérdese que la Francia imperial de Napoleón III, tres años atrás (1862), aprovechándose de que los EE.UU. estaban inmersos en una guerra civil, había instalado en México, *manu militari*, un monarca títere con apoyo de los conservadores mexicanos: el archiduque austríaco Maximiliano de Habsburgo. El bando liberal republicano, liderado por Benito Juárez, tomó las armas para combatir la invasión y usurpación. La aventura imperialista de Napoleón III recibe el nombre de *Segunda Intervención francesa en México*, porque no era la primera vez que Francia atacaba este país (ya lo había hecho en 1838-39, en lo que se conoce como guerra de los Pasteles).

Cuando concluyó la guerra de Secesión, los Estados Unidos dieron un decidido apoyo a Juárez, pues no querían que ninguna potencia europea extendiera su influencia en América Latina, y menos aún que tuviera injerencia directa en México, país vecino al Tío Sam. Fue así como Mayer se incorporó a las tropas juaristas, junto a otros voluntarios estadounidenses, todos dándose de baja previamente en el Ejército de la Unión. Cruzaron el río Bravo llevando armas, municiones, caballadas y otros pertrechos.

Mayer tiene a la sazón 28 años de edad. Lo recibe el general Reboredo, quien –apreciando su veteranía como oficial y su perfecto dominio del castellano– lo pone al frente del Batallón Zaragoza, con el grado de coronel. En la ciudad fronteriza de El Paso, conoce al presidente Juárez, masón como él. Integrarán la misma logia.

La primera tarea de Mayer será transformar a sus guerrilleros mexicanos en soldados de línea, capaces de enfrentar en batalla campal a las avezadas huestes imperiales, que incluyen numerosos legionarios europeos: franceses, austríacos, belgas. El oficial argentino tiene éxito en su misión, como pronto se comprobará.

A lo largo de 1866, Mayer y sus hombres combaten con bravura en Puerto Bagdad, Monterrey, Somosa, Sinalva, San Jacinto y Santa Gertrudis. Son batallas importantes, que le permiten a la División Norte avanzar hacia el centro del país.

En marzo de 1867, Mayer y su batallón se suman al sitio de Querétaro, hecho de armas culminante de la Segunda Intervención francesa en México. El asedio dura más de dos meses y resulta muy cruento: no menos de 11.000 muertos y heridos. El propio emperador es ejecutado. Mayer tiene una actuación descollante, por lo que es ascendido a general. Interviene luego en la toma de la Ciudad de México, último reducto imperial. México vuelve a ser una república independiente, presidida una vez más por Benito Juárez.

La fortuna le sonrío a Mayer, pero el militar rioplatense toma una mala decisión: apoya la conspiración del general Porfirio Díaz contra el presidente Juárez. El complot es descubierto. Mayer cae bajo arresto. La intercesión de Sarmiento y EE.UU. le salvan del paredón de fusilamiento. Juárez le conmuta la pena de muerte por la de destierro.

Mayer retorna a Nueva York, pero no permanecerá mucho tiempo allí. Visita La Habana, regresa a México (luego de la muerte de Juárez), viaja a Londres...

Durante su estadía inglesa, Mayer conoce a una compatriota, oriunda de Buenos Aires como él: Manuelita Rosas, la hija del exdictador Juan Manuel de Rosas, exiliado en Southampton. Con ella intercambia noticias y comparte añoranzas sobre la Argentina, su terruño, al que hacía tantos años que no visitaban.

Cuando Mayer desembarcó en Buenos Aires el 28 de diciembre de 1873, una década después de su éxodo a Norteamérica, tenía 36 años de edad. Su primera batalla sería legal: conseguir que el Congreso le restituya su ciudadanía, que había perdido porque una ley de 1869 estipulaba que todo argentino que hubiera servido como funcionario en el extranjero quedaba excluido de dicho derecho (Edelmiro había servido como oficial en el Union Army y el Ejército Mexicano). Mayer alegó que la ley en cuestión era ulterior a su expatriación, que no había tenido noticias de su sanción por hallarse demasiado lejos (en Norteamérica), y que sus actuaciones militares en el exterior no habían tenido nada de antiargentino ni de deshonoroso: luchó en Estados Unidos contra el esclavismo sureño, y en México contra la tiranía imperialista y monárquica de Francia, dos causas muy justas; siempre como soldado de la libertad y nunca como mercenario, y sin que nada de eso supusiera ningún perjuicio para su patria. A mediados de 1874, el Congreso trató su petición, la cual fue aceptada sin oposición por ambas cámaras, y ratificada por el presidente Sarmiento. El hecho representa algo totalmente excepcional en nuestra historia: fue la única vez que un argentino vio reconocida su ciudadanía por una ley especial, sancionada y promulgada *ad hoc*.

En septiembre de 1874, se produce en Buenos Aires el alzamiento mitrista contra el gobierno sarmientino, ya que Mitre no acepta su derrota en las elecciones presidenciales frente a Avellaneda, el candidato oficialista. Sarmiento le encomienda a Álvaro Barros, gobernador de Buenos Aires, la defensa de la ciudad capital del país. Barros convoca a Mayer para la milicia, ya que habían sido compañeros en las guerras civiles posteriores a la caída de Rosas, donde lucharon para el bando porteño contra la Confederación Argentina de Urquiza en Cepeda (1859) y Pavón (1861), y luego contra las montoneras federales del Interior (1862). También habían estado juntos en los fortines de la frontera sur bonaerense, combatiendo contra pampas y ranqueles (1860).

Mayer es designado jefe de la 1ª División de Reserva, con el grado de coronel. Pero él y sus milicianos poco y nada participan de los enfrentamientos armados que sellan la derrota del mitrismo. No combaten en La Verde (Bs. As.), ni tampoco en Santa Rosa (Mendoza). Solo intervienen en algunas escaramuzas.

En 1875, Mayer consigue una banca de diputado en el Congreso, representando a Buenos Aires. No tendrá una actuación lucida. Hombre de acción, no logra encajar con la labor parlamentaria: paciente elaboración de proyectos de leyes, largas deliberaciones, arduas negociaciones con la oposición, etc.

En 1879, el gobernador bonaerense Carlos Tejedor lo incorpora a la milicia provincial –la Guardia Nacional de Buenos Aires– como jefe del Estado Mayor. Al año siguiente, estalla una nueva guerra civil, la última de la historia argentina. La provincia de Buenos Aires se oponía a la federalización de su ciudad capital, que lo era también del país todo (una superposición que daba pie a todo tipo de rispideces y altercados entre las autoridades nacionales y bonaerenses). Abril de 1880 fue un mes clave, porque Tejedor –enemigo de la federalización– y Roca –partidario de la misma– se enfrentaron como candidatos en las elecciones presidenciales, uno como rival del presidente Avellaneda y otro como su delfín. ¿Quién ganó? Roca.

Tejedor se negó a aceptar su derrota, alegando que hubo fraude. Buenos Aires volvió a rebelarse contra la Nación, igual que en 1852-61. El ejército nacional de Roca y la milicia bonaerense de Tejedor –comandada por el general Hilario Cuadros– se enfrentaron en varios combates muy sangrientos: Olivera, Barracas, Puente Alsina y Corrales Viejos. Las hostilidades se desarrollaron durante junio de 1880, en la ciudad de Buenos Aires y alrededores. Dejaron un saldo de al menos 4.000 muertos. También hubo combates en Corrientes. Roca resultó vencedor. Tejedor debió renunciar a la gobernación bonaerense. La capital de Argentina sería federalizada muy poco después, el 20 de septiembre de 1880, a través de una ley del Congreso (la provincia de Buenos Aires se vería obligada a fijar una nueva capital, para lo cual construiría La Plata).

En la guerra civil del 80, al coronel Mayer le tocó el bando perdedor. Fue el jefe de la artillería porteña, dentro de una milicia provincial que –pese a sus numerosas tropas y calificados mandos– no pudo igualar el

poderío del ejército nacional de Roca, más experimentado y mejor equipado debido a la reciente puesta en marcha (1878) de la conquista del «Desierto», la guerra de despojo y exterminio contra los pueblos originarios de la Pampa central y Patagonia.

Al disolverse la milicia bonaerense luego de la decisiva derrota de Corrales Viejos, Mayer vio acabada su carrera militar, pues quedó excluido también del Ejército Argentino. Probó suerte en el mundo de los negocios, promoviendo la realización de obras de infraestructura y oficiando de enlace entre las autoridades nacionales y los capitales extranjeros (británicos y estadounidenses). Volvió también a incursionar en el periodismo, colaborando como redactor con los periódicos *El Nacional*, *Los Debates* y *La Tribuna*. Asimismo, se desempeñó como traductor, siendo Edgar Allan Poe (cuya obra había conocido, gozado y admirado en EE.UU. durante los vivacs de la guerra de Secesión) uno de los autores que más difundió en castellano.

En 1888, publica un libro de su autoría: *El intérprete musical*, diccionario muy valorado por los historiadores de la música argentina porque allí figura –ya lo consignamos– una de las definiciones más antiguas que se conocen del tango; y acaso la primera formulación de la tesis africanista: el tango como género popular autóctono asociado a las danzas y los cantos de la población negra y mulata del Río de la Plata (una tesis que, por lo demás, estaba en sintonía con sus convicciones políticas antiesclavistas). Recuérdese que Mayer había recibido de joven una esmerada educación musical, y que siempre fue guitarrista aficionado.

Hacia 1892, publica su segundo libro: *Campaña y guarnición*. Son, básicamente, sus memorias como oficial veterano del ejército republicano de México. Por desgracia, poco y nada habla allí de sus andanzas marciales previas en Estados Unidos y Argentina.

En marzo de 1893, con 53 años de edad, Mayer se embarca en un vapor con destino a la Patagonia austral, su última aventura. Aunque ya no como militar, sino como civil. Será el tercer gobernador del territorio nacional de Santa Cruz, designado por el presidente Carlos Pellegrini. Allí, en la estepa patagónica, vivirá otros cuatro años, hasta su muerte por enfermedad, acaecida el 4 de enero de 1897.

* * *

A lo largo del siglo XIX, el capitalismo de la Revolución industrial –con sus acuciantes necesidades de materias primas y mercados de exportación– se desarrolló y expandió por el mundo. Lo hizo con gran dinamismo disruptivo, socavando y destruyendo el Antiguo Régimen y otras formas de sociedad tradicional. A veces para bien (abolición de la monarquía absoluta, del feudalismo, de la esclavitud, de los estamentos privilegiados, del estado teocrático o confesional, de la Inquisición), otras para mal (proletarización del campesinado y artesanado, guerras y conquistas coloniales, genocidios y etnocidios, vaciamiento y degradación del medio ambiente). Hablar de desarrollo y expansión mundial del capitalismo es hablar de privatización, mercantilización, industrialización, colonización, acumulación... Procesos todos con un altísimo y traumático costo social.

Pero a medida que se consolidaba el ascenso triunfal del moderno modo capitalista de producción e intercambio, los tiempos juveniles y heroicos del liberalismo, con sus Luces y revoluciones atlánticas en Europa y las Américas (los Voltaire y Rousseau, los Paine y Jefferson, los Sièyes y Robespierre, los Washington y Napoleón, los Miranda y Bolívar, los Moreno y Castelli, los Belgrano y San Martín, los Mazzini y Garibaldi) fueron quedando atrás. La burguesía fue experimentado una gran metamorfosis de

inversión: pasó de ser una clase social de actuación transformativo-progresiva (en términos *relativos*, es decir, en función del contexto histórico-objetivo existente y de lo que ella hizo en esas circunstancias, con esas circunstancias, contra esas circunstancias y más allá de esas circunstancias), una clase donde muchos de sus miembros tenían ideas y aspiraciones revolucionarias –aunque no todos, y a veces ni siquiera la mayoría–, a ser una clase social estructuralmente más *conservadora*, en el sentido amplio o lato de esta palabra; vale decir, una clase dominante y hegemónica, crecientemente involucrada, en virtud de sus intereses materiales y valores cosmovisionarios, en la defensa del *orden* vigente; una orden donde la igualdad formal ante la ley ya no podía disimular más la escandalosa desigualdad real de clases. Los ecos de la *Marsellesa* se fueron apagando y sobrevino una época de hierro donde el «tercer estado» se convirtió más que nunca –ya sin contrapesos de altruismo principista o idealismo humanitario– en una plutocracia mezquina y opresora (clasista, racista, imperialista) que amasaba fortunas obscenas explotando a las mayorías trabajadoras y despojando a los pueblos colonizados en el despiadado marco de la segunda Revolución industrial y la división internacional del trabajo. Una minoría egoísta y rapaz, que acabó por expulsar totalmente de su horizonte «civilizadorio» a las utopías filantrópicas para entronizar el *status quo* de la crematística, del afán de lucro puro y duro.

Como bien señalaron Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*, “la burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario”⁷⁸, lo cual no quiere decir que haya sido benéfico, ni tampoco que haya sido consciente y deliberado (la mayoría de los burgueses no tenían escrúpulos humanitarios y no militaban en política). Pero ese rol transformativo-progresivo, como Marx y Engels explicaron en su formidable opúsculo, tendió a perderlo a lo largo del siglo XIX, primero en Europa occidental (*El Manifiesto* data de 1848, y en él, los padres del materialismo histórico ya consideraban perimido el «revolucionarismo» de la burguesía en los países capitalistas pioneros más desarrollados del oeste europeo, como Gran Bretaña y Francia), y luego también en las Américas, a diferentes ritmos (en Estados Unidos, por ejemplo, la burguesía siguió siendo revolucionaria hasta la guerra de Secesión y la era de la Reconstrucción, o sea, hasta bien entrado el decenio de 1870. En otros continentes y regiones, como África y la India, es muy discutible que alguna vez haya existido una burguesía colonial de actuación progresiva).

Entonces irrumpiría el «cuarto estado», la clase obrera, el proletariado. Y con él, el movimiento sindical de masas y el socialismo en sus distintas expresiones, todavía incipientes en el ciclo revolucionario del 48, pero ya protagónicos en la Comuna de París, precursora de las revoluciones rusas en los albores de la siguiente centuria. El siglo XIX se cerró así, pues, con una nueva clase y una nueva ideología revolucionarias (aunque no todos los obreros eran socialistas, desde luego, y aunque la *intelligentsia* socialista provenía mayormente de las clases medias o altas). El liberalismo se había «aburguesado», si se me permite este juego de palabras. Se había desjacobinizado y plutocratizado como nunca. La llamada *Belle Époque* solo fue bella para la burguesía, la nueva clase dominante, no para el proletariado y los pueblos avasallados por el gran capital y el imperialismo.

La vida americana y errante de Edelmiro Mayer, que transcurre a lo largo de los sesenta años comprendidos entre 1837 y 1897, acaso haya seguido en lo micro la gran parábola histórica del liberalismo decimonónico. Un joven principista y militante, que luchó contra la dictadura conservadora de Rosas en Argentina, contra la esclavitud y la discriminación racista en Estados Unidos, y contra la monarquía y el imperialismo en México, acabó incursionando, de regreso al Río de la Plata, en el mundillo oportunista y codicioso de los negocios, codeándose con inversores ingleses y yanquis. En el 80, puso su veteranía militar al servicio del porteñismo recalcitrante, oponiéndose a la federalización de la ciudad de Buenos Aires. Y acabó sus días como

⁷⁸ *El Manifiesto Comunista*, 1848, cap. 1, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>.

gobernador de un amplio territorio patagónico (Santa Cruz) que, pocos años atrás, había sido usurpado a los pueblos originarios mapuche y tehuelche mediante una guerra genocida: la conquista del «Desierto».

Edelmiro Mayer, hombre de luces y sombras. Las mismas luces y sombras de la burguesía liberal a la que pertenecía desde la cuna.

F. Mare
sep. 2023